

Pedro Alcántara se quedó parado y dirigió á Heliodoro una mirada que este no acabó de explicarse.

Aquel invierno mismo en que Emilia vivia en Madrid acordándose de su pobre hijo y sufriendo con la idea de estar separada de él, Pedro Alcántara moria el mártres de Carnaval, despues de tres dias de completa orgía, de un placer continuado, de un no interrumpido frenesí.

Al retirarse del baile del Real se apoderó del tio de Heliodoro un grande abatimiento; este le acompañaba.

Llegaron á su habitacion de la calle de Alcalá; una vez allí, Pedro Alcántara desgarró sus guantes blancos y los tiró al suelo; iba á quitarse el frac para echarse en el lecho, pues estaba rendidísimo, y no tuvo fuerzas para ello; cayó al suelo desplomado.

Heliodoro le reconoció y comprendió lo que sucedia; una vida como la que aquel invierno su tio habia observado no podia prolongarse más.

Habia muerto en medio del goce, en medio de la alegría, en medio del desenfreno...

Heliodoro sintió un poco la muerte de aquel; pero la impresion fué rápida; tambien él estaba engolfado ya en todos los vicios.

Tenia hecho su testamento á favor de Heliodoro; en cuanto Heliodoro supo un acontecimiento tan fausto, se dió la enhorabuena por la muerte de su tio.

Loco, con tantas riquezas como le dejó, convidó á una cena magnífica á todos sus amigos.

CAPITULO II.

El secreto de dos corazones.

En cuanto Heliodoro se vió con la fortuna que su tio le habia dejado y que consistia en cuatrocientos mil duros, en seguida su pensamiento se dirigió hácia una idea, que debia llenarle de amargura, á juzgar por el aspecto sombrío que mostró su rostro y por la oscura nube que empañó la luz de sus pupilas; el caso es que el mismo dia en cuya noche tenia invitados á cenar á sus amigos, habia escrito una carta que decia así:

«Carolina: Te he estado amando cada vez más desde nuestra entrevista en Castro-Urdiales.

»¿Te acuerdas de ella? ¿Te has olvidado ya de aquella noche en que atravesé el mar, en que me separé de tu hermano, y corriendo el peligro de que se averiguara el objeto de mi viaje, no dudé en saltar las tapias de tu jardin y acudí á la cita que tenia contigo?

»¡Ay! ¡Que nosotros los hombres sabemos amar mejor que vosotras, débiles mujeres, en quienes no debe fiarse!

»Yo jamás sospeché de tí semejante cosa, Carolina; nunca

creí tu corazón tan duro; ¡ay! ¡Eres la única mujer que ha logrado interesarme, que me ha hecho creer en el amor, en lo que ya creo.

»Es muy posible que hayas oído repetir por Madrid mi nombre; es muy posible también que hayas leído mis artículos de *El Criterio*, que tanto llaman la atención por su excéntrico fondo y por su analítica frialdad; pues no creas nada de cuanto en esos artículos digo; yo soy otro que como aparezco al público; estoy siendo un hipócrita; y todo ¿por qué? ¡Por el amor que tú me has inspirado! Sin embargo, tengo la duda de que tú no me amas, y mientras no esté cierto de que guardas alguna pasión hacia mí, no creas que trate de rasgar este velo de excepticismo que me encubre; ¡dame la prueba que te he pedido! ¡Ten confianza en mi amor! ¡Sacrifica algo de tu severidad de conducta en aras de tu felicidad! ¡Porque el día que yo sepa que me quieres algo, seremos felices!

»Con que vuelvas á repetirme que me amas, nada se adelanta, que yo no me fio en palabras; las palabras se las lleva el viento y son muy fáciles de pronunciar. Más elocuentes son á veces unos labios que callan que unos labios que dicen «¡yo te adoro!»

»Vuelvo á repetirte que no te creo mientras no me des la prueba que te he exigido.

»Soy poderoso; soy casi tan joven como tú; en todas partes se me considera; soy el rey de la juventud madrileña que en torno mio bulle; mis juicios son respetados por todos; se me tiene por uno de los hombres de más talento; hay cien mujeres á quienes abrasa mi indiferencia, que ninguna absolutamente puede vencer; ¡pues todo eso lo pongo á tus

piés si accedes á mi ruego! ¡Ya ves que poco te cuesta!

»¡Seremos dichosos; piensa en tu porvenir; mira que poseerás lo que tantas ambicionan; seremos libres, felices; de nada necesitaremos, de nada!

»Brillarás en todas partes como ninguna. Si estás dispuesta á ceder en tus rigores para conmigo, nos veremos mañana en casa de la condesa de Monte-Alto.

»Contéstame hoy mismo, que tengo deseos febriles de hablarte, y mucho más en esta ocasión en que soy rico y completamente libre.

HELIODORO.»

Cuando ya el joven estaba con sus guantes blancos y su frac puesto para irse al teatro de Jovellanos, donde sus amigos estarían esperándole, y mientras una viva expresión de impaciencia se pintaba en su semblante, una joven lindísima que tenía el aspecto de ser doncella de una gran señora, preguntaba en la fonda Peninsular por Heliodoro.

Como los criados de la fonda estaban avisados ya por éste, á los pocos minutos llegó la carta á manos de aquella persona á quien iba dirigida.

Heliodoro la abrió con rapidez y leyó lo siguiente:

«Heliodoro: Sabes cuánto te amo; no una, mil veces te lo he dicho; pero esa prueba que me pides no te la daré nunca, porque esa prueba significa mi honra, que es antes que nada:

»No acudiré mañana á la reunión de Monte-Alto, porque como veo el objeto que te induce á ir á ella, no quiero que pierdas en vano el tiempo.

»Pide mi mano á mis padres, y acaso, á pesar de la re-

pugnancia que les inspiras con motivo de tus ideas, de las doctrinas de que haces gala, manifestando yo además la pasión que hácia tí guardo, acaso podamos ser felices; esta prueba es la que espero yo de tu amor; te es más fácil dár-mela que á mí darte la que me exiges tú.

»Si no accedes, no vuelvas á hacer revivir en mi corazón la llama que un día encendiste; déjame que sufra, que mate dentro de mi pecho este fuego sin que se note; sabes que á ningún precio daré, ni á tí, ni á nadie, la prueba que me indicas.

CAROLINA.»

Heliodoro empezó á pasear agitado de un lado á otro de la habitación; después tiró la carta encima de una mesa y se preparó á salir de allí, pues le avisaron que el coche estaba esperándole á la puerta.

Antes de salir vió por casualidad la carta y no creyó oportuno dejarla allí; fué á guardarla en el cajón de un armario que tenía y también le pareció poco seguro aquel sitio; por fin la metió en el bolsillo de su gabán, diciéndose:

—¡Mejor está aquí conmigo!

Y se fué al teatro.

CAPITULO III.

Funcion dedicada á la memoria del difunto.

«Y aturdan mi revuelta fantasía
los brándis y el estruendo del festin,
y huya la noche y me sorprenda el día
en un letargo estúpido y sin fin.»

ESPRONCEDA.

Es una de esas noches del frío invierno, en que las estrellas brillan resplandecientes; parecen despedir cierto fulgor cristalino; el cielo azul turquí se ve sin ser empañado en ninguna parte por una sola nube; el espacio está sereno.

Madrid duerme ya, porque es la media noche y el tiempo es crudo; por más que el espacio aparezca tachonado de estrellas, la escarcha que cae hace el tiempo crudo y desagradable.

Eran ya muy pocas las personas que transitaban por las calles de Madrid; solo algunos carruajes de vez en cuando hacían temblar las vidrieras de las casas contiguas á la plaza de Anton Martín; algunos carruajes que, partiendo desde las puertas de los coliseos, llevaban á sus moradas ó á sus fiestas á esos seres dichosos que sin necesidad de trabajar se encuen-

tran todos los días en cuanto se despiertan con una onza en el bolsillo y un coche á la puerta para irse á donde tengan por conveniente; el hecho es que ellos se divierten y triunfan.

Uno de esos felices séres era sin duda alguna Heliodoro, gracias á aquel tio excéptico, á quien tanta gracia le hacia el excepticismo de su sobrino.

En efecto, uno de los coches, que desembocando por la calle de Leon atravesaron la plaza de Anton Martin y fueron á pararse en una casa de magnífico aspecto que hay en una de las esquinas de aquella plazuela, no era otro que el del jóven á quien Alfonso dió una bofetada en el paseo del Arenal de Bilbao; iba en una magnífica carretela en compañía de otros tres amigos tan jóvenes y tan calaveras como él.

Como ya hemos indicado, no fué solo el suyo el vehículo que llevó aquella direccion; otros dos ó tres pararon además á la puerta de la misma casa.

No nos olvidemos al llegar á este punto de nuestra historia de que Emilia oia todas las tardes que iba á entrar en su casa que la llamaba una voz desde no muy lejos; ahora debemos decir á nuestros lectores que el sitio desde donde llamaban á Emilia era la casa donde los antedichos carruajes paraban aquella noche.

Uno de los coches iba desde el teatro Real, otro desde el teatro del Principe, el de Heliodoro desde el teatro de Jovellanos.

Los compañeros de Heliodoro, como hemos dicho, eran tres; el de más edad de todos era un hombre como de veintisiete años, alto, delgado, moreno, los ojos vivos y largas

patillas; tenia un aire de orgullo y pedantería, que desde bien lejos se le hubiera podido notar; este era uno de esos tipos de historia nebulosa de que suele haber ejemplos en nuestra sociedad, tanto más á medida que los tiempos van progresando y que las empresas se multiplican.

Si Alfonso le hubiera visto, hubiera reconocido en él al empresario del teatro del Principe, á quien, como ya vimos en su tiempo, habló varias veces con motivo de su drama *La corona de espinas*.

Llamábase Alberto.

Alberto vestia siempre á la última moda; llevaba una gruesa cadena de oro en su reloj; iba estirado; era de esos hombres para quienes no hay noche en que no les espere alguna agradable impresion, una *soirée*, un banquete, una orgía; en fin, cualquiera cosa, con tal que sea broma y devaneo.

Una vez que llegaron á la casa susodicha, bajaron los cuatro amigos y penetraron en ella.

¿Qué casa es esta de que nos estamos ocupando? ¡Ah! ¡Si viérais á su moradora! Es una jóven divina, una mujer de hermosura deslumbrante; hechiza su mirada, brilla en todas partes.

Casi toda esa pléyada de jóvenes aristócratas, sumidos en la locura del vicio, se postran ante ella; es su diosa.

La vereis brillar en uno de los palcos del Real una noche; á la noche siguiente, en otro palco del teatro del Circo; á la otra, en una platea del teatro de Jovellanos; ella se lleva tras de sí más miradas que ninguna otra mujer.

Vive completamente sola; nadie sabe á qué familia pertenece, porque solo con ser encantadora cumple su objeto.

Se sabe de opulentos banqueros, de altos aristócratas, de hombres de la más grande influencia, que han pretendido sus favores y no los han logrado nunca.

Tiene para todos una sonrisa agradable, eso sí; pero en medio de esa sonrisa un profundo desden; así es que al sonreirse asesina más bien que da consuelo.

En una época brilló también en los salones aristocráticos; acudía á las reuniones de más tono y en ellas se la atendía; pero fuese por lo que fuese, es el caso que de pronto entre la gente de cierta altura fué decayendo; iban rápidamente cerrándose casi todas las puertas de las casas de alguna importancia á donde acostumbraba á concurrir; pero por eso no dejaba de brillar tanto como antes.

En la Castellana, su tálbury era el que más ginetes llevaba en pos de sí.

Se contaban de los estragos que su hermosura hacia cosas admirables; se hablaba de un poeta que se habia pegado un tiro porque una vez se rió de unos versos endecasílabos que le habia dicho de rodillas; hablábase de un banquero de los más fuertes de la córte, un comerciante de ultramarinos, que fué un día á visitarla y á pesar de llevarle mil duros en billetes del Banco, le habia echado de su casa á cajas destempladas.

Hablábase de ciertas miradas que en el teatro la habian dirigido y á las que parecia corresponder.

Comentábanse diálogos dichos de paso en algun baile de Carnaval por alguna máscara que debia ser ella, á juzgar por la esbeltez de su cuerpo y por el fuego de sus ojos, que brotaba á torrentes á través del negro antifaz de terciopelo.

Hablábase de maridos que abandonaban á sus esposas y

que empezaban á estar frios con ellas, á pesar de haberlas amado mucho; de estudiantes que perdian sus carreras; de lágrimas que habian caido sobre un pañuelo blanco de batista en un palco enfrente del de la jóven, donde una señora sola solia estar dirigiendo miradas hácia nuestra heroína.

En fin, hubo cuantas murmuraciones hay en estos casos; todo esto en lugar de contribuir á que la fama de aquella hermosa cayese, todo, por el contrario, la realizaba, porque á medida que el tiempo pasaba parecia que iba aquella rejuveneciéndose y hermoseándose más.

Pues bien, aquella casa esquina á la plaza de Anton-Martin, donde sin duda alguna debia celebrarse aquella noche alguna fiesta, era la de la mujer en cuestion.

Esta no era otra que Julia, aquella jóven que hemos visto hace ya mucho tiempo en Madrid durante la primera época que Emilia pasó en la córte; aquella Julia que al encontrarse con su amiga de la infancia se llamaba Dolores; al hallarla nosotros esta vez se llama Cármen.

¡Cármen! ¡Hé ahí el nombre que cien labios al mismo tiempo estaban repitiendo! ¡Hé ahí la mujer que mil inocentes enamorados están creyendo ver en sus sueños! ¡El objeto de tantas ilusiones! ¡La causa inconsciente de tantos suspiros...!

Sin embargo, aquel gesto de desden no era para todos.

Decíase, sí, que en una época no vendia tan caros sus favores; pero unos tomaron aquel rumor por calumnia, otros no hicieron caso de él, porque aunque así hubiera sido á ellos nada les importaba.

Por entonces, segun la opinion general, Cármen correspondia á Heliodoro.

Esta circunstancia y la cualidad también de ser excéptico,

rico é irónico, hacian de Heliodoro el capitán general de toda aquella turba de jóvenes bulliciosos que á todas partes le seguian. Y luego aquella nombradía que tenia de crítico, aquel énfasis con que acostumbraba á expresarse, aquel desprecio con que solia tratar á la gente en ocasiones, dábanle todas estas cualidades grande importancia.

Aquella noche, por supuesto, él iba á ser el rey de la fiesta, porque una fiesta iba á tener lugar en casa de Cármen.

De nada la jóven prescindia; su casa era un palacio; anchos corredores; mil bujías ardiendo por uno y otro lado; sillerías de terciopelo y de damasco de finísimos colores; magníficas colgaduras; todo el lujo que es capaz de acumular el exquisito gusto de la mujer más caprichosa estaba acumulado en la casa de Cármen; era una mansion digna de semejante hada.

Desde que se penetraba por la puerta ya se empezaba á notar el encantador desórden, la coquetería, todo eso que va siempre unido á la vida de esas mujeres por el estilo de Cármen.

Ella lucia los mejores vestidos que pueden verse, y las más encopetadas damas la tenian envidia por el lujo que ostentaba; en vano se desquitaban las grandes señoras mordiendo á Cármen en su reputacion, pues ella seguia brillando cada vez más, y si costoso y soberbio era el vestido que una noche lucia en el Real, más soberbio y más costoso era el que llevaba á un baile á la noche siguiente.

Unas veces iba á paseo en *tilbury*, otras en *victoria*, otras en *landó*, algunas á caballo; siempre hermosa y arrebatadora.

El salon preparado para la fiesta estaba deslumbrante;

por más que Heliodoro habia dicho á todos que iba á ser brillante la cena, ninguno esperaba encontrar aquello.

La mesa estaba preparada para treinta personas; toda estaba llena de candelabros, que lucian con brillante resplandor; ramos de flores por un lado y otro se ostentaban en pintados búcaros orientales y en arabescos jarrones; cierto aroma estaba esparcido en la estancia, que embriagaba los sentidos en cuanto allí se entraba y que daba cierta languidez, cierta dejadez dulce y agradable.

Heliodoro habia invitado á la cena á sus amigos y Cármen á sus amigas; de modo que aquello iba á ser una locura completa, un frenesí desvanecedor; era necesario dar rienda suelta á la alegría; era preciso no perdonar nada con tal de divertirse.

Cuando Heliodoro penetró en el salon con sus tres amigos; ya habia allí varios; y algunas jóvenes tambien hermosas, aunque no tanto como Cármen, rodeaban á esta.

Por fin estuvieron ya reunidos todos; solo dos faltaban: del uno estaba Heliodoro seguro que iria, que era Eloy; de Julio tenia sus sospechas de que no acudiria, pues por entonces estaba muy amigote de Alfonso, y ya sabemos que entre Alfonso y Heliodoro habian mediado sérios disgustos; por más que Julio siguiera tratándose con ambos siempre, desde el lance de la bofetada se inclinaba más el hermano de Carolina hácia Alfonso; de modo que apenas debia llamarse ya amistad lo que entre Heliodoro y Julio mediaba. Sin embargo, Heliodoro le invitó.

—Y aunque él quiera, se decia Heliodoro, Alfonso se lo quitará de la cabeza, ese soñador, ese visionario; ¡vea usted! ¡Y ahora que me convenia estrechar mis relaciones

cada vez más con el hermano de Carolina! Pero, en fin.....

Bien pronto se disipó la negra sombra que por su mente cruzó y no volvió á acordarse de semejante cosa.

Empezóse la cena; cada uno tomó el puesto que mejor le pareció, y la casualidad quiso que cada uno de los jóvenes se sentara al lado de cada una de ellas; ¡qué pícaras casualidades!

Hubo uno que dijo:

—Eloy, la alegría de todos los sitios, ¿dónde se halla? ¡No ha venido por aquí! *¿Ubinam gentium sumus?* ¿Qué significa esto? ¿Cuándo habia de suponerse tal cosa? ¡Yo creí que seria el primero que habiamos de encontrar aquí, y que nos habria ya comido todos los pasteles y destapado todas las botellas!

—¡Yo tambien creí que estaria! Pero ¡Dios sabe! ¡Vete á averiguar dónde estará! Es muy posible que se halle en otro sitio por el estilo; no le conoces tú á ese bien; ¡si es un torbellino! ¡Si es como Dios, está en todas partes! Es muy posible que sea esta la octava ó la novena mesa á que viene esta noche, si es que le vemos por aquí.

—¡Já! ¡já! prorumpieron algunos.

La fiesta comenzó; se comia poco, se hablaba bastante y se bebia más; y todas estas cosas, creciendo en progresion geométrica, llegaron á dar un carácter subido á la cena.

Cuando esta iba á acabar ya no se comia nada; se bebia á ojos cerrados y se alborotaba de una manera estrepitosa; unos chillaban, otros cantaban, otros rompian sus copas arrojándolas al suelo.

En esto Alberto se levantó, y con una copa en la mano y el cuerpo bastante inseguro sobre sus cimientos, habló de

esta manera mirando á todos partes y de seguro no fijándose en ninguna:

—Señores y señoras; yo os respeto mucho, ¡ya lo veis, cuando me pongo de pié! pero es muy posible que este exceso de respeto se trueque luego en una descortesía; pudiera ser que por no hablaros sentado tenga que hablaros tumbado en el suelo; pudiera muy bien traer muchas consecuencias el levantarse á brindar; sin embargo... ¡qué época corremos! ¡Qué dirán las gentes sensatas si nos ven aquí reunidos á todos nosotros, gente de buen humor, sin brindar! Esto no tiene piés ni cabeza, ni lo tiene lo que estoy diciendo; sin embargo, yo tampoco sé que el mundo tenga cabeza ni piés, y sin embargo, anda; ¿no os parece lo que os he dicho una solemnísima barbaridad, señores? Yo soy un sábio, *¡eureka!* yo sé griego, me parece que os lo he demostrado bastante; ¡y luego dirán de la divinidad! Veo, jóvenes machos y jóvenes hembras, que os amais; eso es lo que á mí me gusta; ¡eso es! Vivid para amaros, porque el amor es la alegría de la juventud; ¡alegraos! Yo en cuestiones de amor estoy por una botella de champagne; una botella de champagne es la mejor novia que puede uno tener; ¡no sean Vds. tontos, ya ven que les trato de Vds.! Yo quiero hacerles venturosos; decia que una botella de champagne es la mejor novia que puede haber; sí, es la gran cosa, nunca miente; á través de su cristal vemos cuándo está llena y cuándo está vacía; así es, señores, que cuando cae una botella en mis manos la pongo al trasluz y veo lo que hay dentro; si no hay nada no es necesario descorcharla; no pasa así con las mujeres; va uno muchas veces á ver si tienen algo en el corazon y no tienen absolutamente nada, y luego ándese Vd. con cartitas, con

cititas y con todo lo acabado en *itas*. ¡Si cuando digo que es todo una barbaridad! Y luego ¡tenga Vd. novia! A pesar de las perrerías que estoy diciendo de vosotras, queridas niñas, no os ofendais; sois muy hermosas, os quiero á todas mucho; pero me gustariais más si no habláseis; sois muy charlatanas; mas voy á haceros un favor; no un favor, justicia; «seamos justos,» como dijo Descartes, por más que creo que Descartes nunca se ocupó de tal cosa; lo único que me gusta me lo han enseñado las mujeres; beber y fumar: me enseñó á beber una tia que tuve, ama de cura; ¡y qué tragos me eché con el copon en la sacristía! La que me enseñó á fumar fué una patrona que tuve, alta, gruesa y brusca como un sargento de caballería; ¡qué modo de fumar aquel! Si cuando digo que la vida es humo; vaya, ¡y tanta razon como tengo, señores! ¡Viva la Pitonisa, que fué la primera bebedora que hubo en el mundo! ¡Viva el champagne, y viva la noche, y viva Heliodoro, y viva el peleon! y he concluido.

—¡Calla, borracho!

Se levantó Heliodoro con pié no menos firme que Alberto.

Alberto le miró y pareció despertar de cierto alucinamiento que debió dominarle mientras hablaba; un alucinamiento *espirituoso*.

Apenas se levantó Heliodoro, el orador que le precedió cayó en el sillón en que habia estado sentado y sus dos brazos quedaron colgando por un lado y otro; dirigió su mirada hácia Heliodoro y la clavó en él con estupidez; el anfitrión prosiguió:

—Ante todo, seamos políticos.

—¡Políticos! dijo uno interrumpiendo á Heliodoro con voz ronca y desapacible; ¡políticos! ¡Pues está buena la política! El mejor político es el que come más; yo he bebido más que ninguno de vosotros y puede ser que sea el más impolítico de todos cuantos nos encontramos aquí.

—¡Dejadme hablar, borrachos! dijo con seriedad Heliodoro y con voz altisonante; ¡amigos míos...!

—No hay amigos; gritó otro desde un extremo de la mesa; un amigo no viene á ser otra cosa que un limon; en cuanto se le estruja y se le saca todo el zumo que tenia se le tira al suelo, de modo que no hay verdaderos amigos; ¡esto es un hecho!

—Pero, señores, ¡tengamos filosofía! gritó Heliodoro un poquillo enojado; ¡seamos filósofos! No perdamos el tiempo en palabras inútiles; la vida es una calamidad; ¡cómo habeis de figuraros que entre los dulces que he comido me he encontrado una almendra amarga! ¡Esto es una iniquidad! ¡Vive Dios! Y qué poca prevision tiene la Providencia; ¡y luego dirán! ¡Vaya! Algunas veces se suele equivocar esa señora; ¡si cuando yo digo! En este mundo no hay nada, todo es una ilusion; pero ¿qué ilusion? ¡Si en este mundo no hay ilusiones! Se fingen algunos que las tienen, pero es bobada, se engañan á sí mismos; ¡qué pobreza, tener ilusiones, tener esperanzas! Esas cosas son muy buenas cuando no se posee más; pero cuando hay en la mano una copa de licor, ¿quién tiene en la mente semejantes tonterías? Esta es la verdad, esta es la única ciencia. En vano me he devanado los cascos por averiguar la verdad de la vida; no existe, no hay nada verdadero; la ciencia consiste en saber divertirse y nada más; en escurrir el bulto cuando llega el caso y en no

hacerse de miel para que las moscas le coman. ¡Vaya, que os tengo que enseñar! En el camino que habeis emprendido no sois todavía más que unos reclutas; yo soy ya un soldado viejo; desde que tuve uso de razon fuí excéptico; en una época tenia cierto orgullo en ir repitiendo nombres y fechas; me las echaba de sábio, y en efecto lo era; pero ¡mal haya toda la sabiduría que se alcanza en este mundo! ¡Brindo por la ignorancia! Ella es la que lo gobierna todo. ¡Los sábios! ¡Buenos están los sábios! Conozco á uno, y por cierto que se llama Rivera; sabe tres ó cuatro lenguas vivas y todas las daria por una lengua muerta, mucho más si esta lengua es de vaca; sabe hablar de Platon, y de Kan, y de Aristóteles, y de Ciceron, y de Condercet, y de Galileo, y de Demóstenes, y de Krausse, y en fin, de todos esos inventores de teorías, de paparruchas, que marchan á la cabeza de los tontos; de nada le sirve andar dándose tono, ni echárselas de hombre importante, ni hablar en tono campanudo; ¡siempre está sin un céntimo! Y luego, al fin y al cabo, ¿sabrá más que yo, que me paso una noche bebiendo, alborotando y diciendo disparates, y mirando á Cármen, á esta hermosa jóven á quien veis á mi izquierda? Ciertamente que no; esos hombres se van del mundo poco más ó menos como han venido; no gozan como nosotros gozamos; son unos tontos; se convierten en unos verdaderos sargentos pasando revista á los siglos, como ha dicho un poeta contemporáneo. Al tal Rivera, un amigo mio le ha hecho unos versos que dicen así:

Si ves en tu loco afan
un día á un perro pachon
comer en un plato pan,
vas á decirnos que Kan
está comiendo en Platon.

El jóven que estos versos ha hecho está en lo cierto; riámonos de todo; burlémonos de cuanto existe y de cuanto no existe tambien, ¡con más ganas todavía! Que los pobres amantes sigan girando como satélites alrededor de los astros que inspiran su amor; que los infelices políticos se metan á gacetilleros para poco despues hacer artículos de fondo y al primer cambio ministerial ser ministros é ir á decir disparates al banco azul, donde tantos han dicho; que los filósofos salgan con baston á la calle cuando llueve y con quitasol cuando el dia está nublado, y lleven los zapatos rotos para hacer gala de su despreocupacion; que el mundo rueda, ¿á mí eso qué me importa? En este mundo todo es miserable, todo es digno de risa; todo el que sube tiene que arrastrarse por fuerza; cuanto más se levanta un hombre tanto más se humilló; cuanto más vuela tanto más vacía tiene la cabeza. Pero ¿quién me meterá á mí ahora en esto? ¡Pues no trato de revolver la sociedad! ¡Qué bobada! ¡Já! ¡Já! Ahora me rio de mí mismo. Observo que el amigo Eloy no ha venido; ¿cómo es esto? ¡Estará pegándose en estos instantes á algun primo! ¡Es un verdadero *perillan*! Pero hablemos del amor; ¡oh! ¿y el amor? Es una cosa parecida á la amistad; dura mientras dura el interés que le da vida; ¿qué se va á hacer? El interés es el eje del mundo; ¡ay! que no, que yo me estoy engañando, que yo he amado alguna vez tambien. ¡Vive Dios, que empiezo á desbarrar! No proseguiré por este camino. Voy á cantaros unos versos del poeta inglés, muy á propósito en estas circunstancias y que os van á gustar mucho:

Volved á llenar mi vaso... (1)
jamás tal ardor sentí...

(1) Traducción de lord Byron.

¡Esto es gozar...! Yo me abraso
en mi dulce frenesí.
En este mundo traidor
do la falsedad se ensaña,
amigos, es el licor
lo único que no engaña.

Si hay placeres en la vida,
ya todos los apuré...
Tuve una mujer querida,
es cierto, también amé.
Siendo joven, ¿quién no ama...?
Mas, á medida que aumenta
de una honda pasión la llama,
¡cómo abrasa y atormenta!

Allá en mi primera edad,
en mi breve juventud,
de la traidora amistad
me cegó la falsa luz...
Tras de engaño tan cruel
mi labio á jurar se atreve
que no hay amigo más fiel
que el vaso donde se bebe.

Con la nieve de los años
los cabellos se encanecen;
pesares y desengaños
nos humillan y envejecen...
¡Bebed de lo más añejo...!
Porque, amigos, el licor
á medida que es más viejo
va sabiéndonos mejor...

El corazón de una hermosa
otro hombre nos le arrebató,
y nuestros sueños de rosa
aquella pérfida mata...
Tú, licor, con tus favores
celos á ninguno das...

¡Pues siendo cien bebedores
se goza cien veces más!

Breve se oculta á lo lejos
nuestra juventud florida,
y de su sol los reflejos
nos dan ya la despedida.
No me hiere la amargura
al ver su fulgor escaso,
¡porque sé que la ventura
está en el fondo de un vaso!

Triunfante el dolor un día
sobre nosotros se lanza;
se lleva nuestra alegría...
mas nos deja la esperanza.
¡Que este vaso que rebosa
no esté vacío jamás...!
¡La esperanza...! ¡Qué gran cosa...
para el que no tiene más!

—¡Magnífico! prorumpieron todos en cuanto Heliodoro
hubo concluido su canción, al compás del choque de las co-
pas con que los convidados le acompañaron.

—¡Vivan los tios ricos! gritó uno.

—¡No! ¡Mueran...! añadió otro.

—¡Yo lo arreglaré! No hay que disputar por eso, dijo
Heliodoro con gravedad. Todos quedareis contentos. ¡Vivan
los tios ricos que se mueren! Es cuestión de palabras.

—¡Sublime!

En esto Eloy apareció en la puerta de la sala.

CAPITULO IV.

Entrada de un gaban en escena.

—¡Bravo! dijo Eloy en cuanto penetró en la estancia donde la fiesta tenia lugar. Eso me gusta, el buen humor; ¡si este Heliodoro es el chico de más talento! Es el que hoy comprende mejor la vida. ¡Adios, Alberto! ¡Magnífico empresario del teatro del Príncipe! ¡Yo te saludo, por más que haga lo menos dos meses que no quieres representar ninguna comedia mia! Te veo de frac; eso se llama aristocracia; y no eres tú solo, en efecto; los hombres con frac me parecen monos, dicho sea esto con perdon de Vds.; por eso no le gasto yo nunca; ¡y habrá quien crea que lo hago por economía! Pues no señor; pero yo soy un borrico; debiera adularle para que me protegieras, porque vosotros los empresarios, por más que seais unos brutos, sois los protectores de los génios como yo; pues es sabido que yo soy un génio; digo esto solamente porque soy modesto, ¡que si no lo fuera...! Pero, en fin, de nada servirá que te adule ni que te muerda; te has entregado á esos tres autores que hoy andan contigo por todas partes y cuyos nombres se ven siempre impresos en los carteles

de tu teatro; has de saber que á esos autores los llaman por ahí los carpinteros de la literatura; han fundado un taller para hacer comedias de pacotilla; tienen un libro, que uno de ellos guarda en su casa, donde van colocando retazos de comedias extranjeras que se encuentran por ahí y que se disponen á aprovechar en cuanto tengan una oportunidad; esos son los que privan, amigo; como hacen una comedia cada noche y les cuesta bien poco trabajar, pueden darte comedias por dos pesetas diarias como lo están haciendo; así ganais vosotros; pero ¿á qué te mezclo á tí en estas cosas? Tú no eres más que una pantalla; ya sé que hay otros por detrás que manejan la cosa; mas dejémonos de literatura; estoy harto de ella; el mejor oficio es el de mi amigo Perico Manguela, ¿no le conocéis? Todo Madrid le conoce. Hoy no podreis burlaros de mí como acostumbrais á hacerlo, porque tengo dinero en el bolsillo; ya veis que soy respetable; *rara avis in terra*, dirán algunos de los presentes que me conozcan de antes; ¡hé aquí el milagro! ¿Sabeis por qué tengo dinero? Pues os lo voy á decir; ¡tengo una moneda de cinco duros! ¡Asombraos! En San José hay novena estos días, en honor al santo su patrono, que ha sido esta semana, como sabeis. Son muchas las limosnas que dejan en el platillo; ¿á que no os figurais lo que he hecho? Pues me la he echado de caritativo, y he ido á poner dos cuartos para los gastos de la novena...

—Hombre, ¿con que ahora te la echas de cristiano? dijo Heliodoro riéndose con toda la fuerza de su champagne, ya que no de sus pulmones.

—Pues sí, amigos, he echado dos cuartos, y sin que lo notaran he cogido la moneda de cinco duros que tengo aquí.

—¡Sublime! ¡Encantador!

—¡Me estaba tentando! ¡Creedlo!

—¡Magnífico! ¡Soberbio! resonaba por todos los ámbitos del salón.

—El día que Eloy no encuentre dinero en Madrid será porque ya no lo haya; ¡siempre discurriendo el medio de pegársela al prójimo!

—¡Compadre, esa es otra clase de literatura! dijo Alberto levantando la vista y sonriendo en medio de su estúpido letargo.

—¡Já! ¡já!, resonó por todas partes; las mujeres se reían también; la alegría llegó entonces á su colmo.

—¡Sientate y bebe! gritó Heliodoro al recién llegado con voz imperiosa.

—¡Pues á ello! ¡Por mí no ha de quedar!

Y Eloy ocupó un puesto y empezó á echar tragos de lo lindo.

No era de los que más pronto se turban y de aquellos á quienes hace el licor grande impresion; al contrario, parecía más sereno cuanto más bebía.

—¡Caramba qué ocurrencia! ¡Pues no me ha dicho uno á quien he encontrado ahora en la calle que soy un muchacho de chispa! ¡Buenos muchachos de *chispa* estais vosotros! ¡No es floja la que teneis en el cuerpo! *Panta tapsoa*, como decían los griegos, ó *muzos deloy*, como dijo Esopo. ¡Alla va otra copa! ¡Yo no debo temer la bebida! Si soy un muchacho de chispa estaré siempre *achispado*, ¿no os parece?

—¡Siempre el mismo! se oyó en varios sitios del salón.

—¡Caramba, que hace un frío! ¡Qué bien se está aquí!

En este salón se pasa la noche menos mal; corre un *gris* que hiela la sangre. Creí que llegaba tarde; pero, en fin, vengo á tiempo; yo llego siempre á tiempo á todas partes. Lo que es cuando salgamos, alguno de vosotros tiene que prestarme el coche ó el gaban; ¡me da lo mismo!

Cuando estas palabras murmuró Eloy, observó que casi todos los que allí estaban permanecían medio dormidos; casi todos habían perdido ya la razón, incluso Heliodoro, que era el que más sereno solía estar; este se hallaba sofocado de tanto gritar, de tanto alborotar, de tanto reír, de tanto beber.

La temperatura que dominaba en la estancia había ido haciéndose cada vez más pesada.

Como la embriaguez de muchos de ellos llegó á su colmo, allí se disparató en grande. ¿A qué hemos de pintar aquí esta escena? Nuestros lectores podrán figurársela.

Algunos de los convidados estaban tendidos sobre la alfombra que cubría el pavimento; otros echados en las butacas y en los sofás de aquella sala y de otras inmediatas.

Eloy empezó á hablar sin ton ni son. Como observara que se hacia de él bien poco caso, y como se encontrara allí de *non*, como suele decirse, se dijo encogiéndose de hombros:

—¡Pues me gusta! ¿Y para esto me han invitado? ¡Vaya unas atenciones! Nada, nada, me largo de aquí; voy á otra parte en que me divierta más; con estar aquí no se gana nada; ¡beber! Ya he bebido cuanto me ha agradado, con que ¡á la calle!

Y diciendo esto cogió el primer gaban que estaba sobre uno de los sillones donde se hallaban amontonadas varias prendas de abrigo de los concurrentes á la fiesta.

Al cogerle le miró, murmurando:

—¡Parece nuevo! De todos modos, es magnífico; no me vendrá mal; debe abrigar mucho.

Se le puso delante de todos, se contempló con él, miró qué tal le seataba y exclamó:

—¡Delicioso! Parece nuevecito; ¡cualquiera diría que le había estrenado hoy!

Y se fué á la calle.

CAPITULO V.

—

De cómo un gaban puede llegar á convertirse en protagonista de un capítulo de novela.

Loco de contento con aquel magnífico abrigo que tan poco trabajo le había costado adquirir, salió deseoso de lucirle en algún sitio y de comentar la hazaña, porque debemos advertir que todas estas heroicidades de Eloy eran tomadas á risa por sus amigos, y generalmente hasta por los mismos que eran víctimas de la osadía y de la sagacidad del jóven.

—Pues señor, por más que estoy bien abrigado, la noche es demasiado desagradable; ¡diablo! ¡Si está más fría que una comedia de Moratin! ¿Dónde encontraré algún desdichado mortal con quien echar un párrafo?

Anduvo así un poco por la calle de Atocha sin saber á dónde ir, y levantándose el cuello del gaban y frotándose las manos, se dijo de pronto:

—¡Ahora que me acuerdo! Aun debe estar abierto el café del Iris; es muy posible que encuentre todavía á alguno de los de mi círculo; voy, pues, hácia allá.

Y se encaminó hácia el café.

No era mucha la gente que había allí ya, pues era la hora

Al cogerle le miró, murmurando:

—¡Parece nuevo! De todos modos, es magnífico; no me vendrá mal; debe abrigar mucho.

Se le puso delante de todos, se contempló con él, miró qué tal le septaba y exclamó:

—¡Delicioso! Parece nuevecito; ¡cualquiera diría que le habia estrenado hoy!

Y se fué á la calle.

CAPITULO V.

De cómo un gaban puede llegar á convertirse en protagonista de un capítulo de novela.

Loco de contento con aquel magnífico abrigo que tan poco trabajo le habia costado adquirir, salió deseoso de lucirle en algun sitio y de comentar la hazaña, porque debemos advertir que todas estas heroicidades de Eloy eran tomadas á risa por sus amigos, y generalmente hasta por los mismos que eran víctimas de la osadía y de la sagacidad del jóven.

—Pues señor, por más que estoy bien abrigado, la noche es demasiado desagradable; ¡diablo! ¡Si está más fria que una comedia de Moratin! ¿Dónde encontraré algun desdichado mortal con quien echar un párrafo?

Anduvo así un poco por la calle de Atocha sin saber á dónde ir, y levantándose el cuello del gaban y frotándose las manos, se dijo de pronto:

—¡Ahora que me acuerdo! Aun debe estar abierto el café del Iris; es muy posible que encuentre todavía á alguno de los de mi círculo; voy, pues, hácia allá.

Y se encaminó hácia el café.

No era mucha la gente que habia allí ya, pues era la hora

bastante avanzada; sin embargo, dirigió su vista por un lado y otro, y por fin la alegría se pintó en el semblante de nuestro héroe; distinguió una mesa alrededor de la cual se encontraban tres de sus amigos: uno de estos era Julio, que solía hacer una vida un poco disipada, razón por la cual la marquesa del Suspiro se felicitaba más cada vez de no tener á su sobrino en casa.

Otro de los que estaban en aquella mesa era uno de esos poetas de salón, que todas las noches salen de su casa con frac y guantes blancos y que á última hora se deciden á alternar un poco con la *plebe*, como ellos llaman, acudiendo á algun café donde tal ó cual amigo suele concurrir; era de esos que hablan con desden de todo lo que huele á popularidad y cifran su orgullo en no ser populares; de esos que de vez en cuando publican un tomo de poesías, del cual solo se tiran algunos ejemplares de lujo y los reparten entre los concurrentes á tal ó cual *soirée*, y cuidado, esto suelen hacerlo los más atrevidos; el torrente de la popularidad mancharia aquellos versos, los profanaria, y por eso es necesario que en magníficos papeles de vitela y con un forro de sagren y listas doradas estén encima de la chimenea de alguna encofetada dama ó de algun antiguo suscriptor á *La Epoca*.

La Epoca, y algun otro periódico de orden, solían ser los que daban cuenta de semejantes producciones.

Se llamaba el jóven de que nos ocupamos Fernando; tenía ya formado su gusto literario, con el cual acostumbraba á darse importancia; para él la reputación que el vulgo hace no significaba nada; las que valían algo eran las que se alcanzaban en los salones; el elogio que estimaba más era este:

—¡He roto mis guantes en honor á la poesía de Vd.!

Para él las manos que no rompían guantes eran indignas de aplaudir.

Aun existen semejantes tipos; por ahí los oireis bullir.

Dicen á boca llena que Roberto Robert no tiene gracia; que Manuel del Palacio no tiene inspiración; que en los dramas de García Gutierrez no hay más que lirismo; que el verdadero génio de la poesía lírica es Selgas, y que los escritos de Cañete valen mucho.

Por supuesto, para ellos Víctor Hugo es una calabaza, es indigno de brillar en literatura; según se expresan, lo único bueno que ha hecho es alguna de sus primeras odas, y lo mejor de sus obras dramáticas es el primer acto de *María Tudor*.

Huyen del sitio donde se respira un poquito de democracia, declaman contra los revolucionarios y han aprendido ya á llamarlos descamisados.

En política apenas saben hablar de otra cosa que del petróleo, de la liquidación social y de la demagogia, pero no les gusta por lo general esta conversación.

Otro de los que á aquella mesa estaban sentados era un gacetillero de uno de los periódicos más distinguidos de Madrid.

Entre los de su oficio se le miraba como á una eminencia; llegó á hacer más tarde sueltos políticos y hasta artículos de fondo, uno de los cuales se titulaba *Volvamos en sí*, y otro *Retrocedamos unos pasos hácia atrás*.

Como tales frases habían sido objeto de comentarios, de burlas y de risas en todo Madrid, el muchacho se daba tono, puesto que de él se ocupaban.

—¡Cuando tanto me muerden, solia decir, prueba de que soy una persona importante!

A pesar de esta opinion, demasiado favorable, que de él mismo tenia, los patronos del periódico, que veian á este en ridículo, volvieron á dedicarle otra vez á hacer gacetillas y el jóven andaba bebiendo los vientos por averiguar noticias.

Era distinguido tambien por otra cosa no menos célebre; en una ocasion, habiendo hecho la crítica de unos versos que no entendia, el poeta, autor de los versos criticados, le escribió una carta confidencial para sacarle del error en que el gacetillero habia caido y hacerle que se fijara bien en la poesía objeto de la crítica.

Como la carta contuviese algunas expresiones que dichas particularmente nada tenian de particular, pero que dichas ante el público chocarian por inmodestas, Eduardo, que así se llamaba el gacetillero, publicó en el periódico la carta confidencial, haciendo de ella los comentarios que quiso.

A lo mejor ponía en ridículo á los mejores autores y trataba de enredar la madeja de la murmuracion para que en un lado y otro se hablara de él.

No sabia nada; no era susceptible de razonamientos; en ninguna carrera habia encontrado entrada ni en ningun círculo social; en política, á pesar de todo, esperaba ser ministro el dia menos pensado.

Llegó Eloy á aquella mesa, saludó á todos en general, porque él á todo el mundo conocia; se trataba con medio Madrid, y una vez que contó la aventura del gaban, todos se echaron á reir y empezaron á gritar:

—¡Magnífico!

—¡Mañana voy á ponerte la gran gacetilla!

—Hombre, ¡por Dios, no me comprometas, mira que voy á jugar el gaban si haces eso!

—Nada, nada, no diré tu nombre; diré que cierto *perillan...*

—¡Si dices eso, ya dan con quién es el héroe! dijo Julio. Todos se echaron á reir á mandíbula batiente.

—¡Calle! ¿Pues y esto que siento aquí? exclamó Eloy oyendo sonar algo en el bolsillo interior del abrigo; de seguro que me encuentro con algun billete de Banco.

—¡Tendria chiste!

—¡A ver, á ver! Y metiendo Eloy la mano en dicho bolsillo sacó una carta. ¡Toma! ¡Si es una carta! ¡Desdichado!

¡Ilusiones engañosas,
livianas como el placer!

Julio, antes de reparar en el nombre que en el sobre de la carta ponía, dijo:

—¿Y de quién es el gaban? ¿No lo sabes?

—¡Qué sé yo! ¡Vete á veriguar! ¡El diablo que lo adivine! Si habia allí lo menos quince ó veinte mamelucos, todos borrachos; pero, déjate, ahora saldremos de dudas; aquí en en el sobre lo pondrá:

—«A Heliodoro X...» dijo Eloy leyendo el sobre de la carta.

—¡A ver, á ver! exclamó Julio, que habia leído el sobre en aquel instante y que se le figuraba conocer la letra.

—¡Parece letra de mujer! dijo Eloy; ¡de seguro que es alguna declaracion de amor de alguna poetisa de nuestros salones!

—¡Como hay tantas que sueñan con el amor de ese calavera! exclamó Fernando.

—Pronto saldremos de dudas; vas á tener asunto para una gacetilla; precisamente está abierta; podemos cometer nuestro delito de curiosidad sin fractura; siempre es una circunstancia atenuante.

—¡Cualquiera diría que eras abogado! dijo Julio á Eloy como tratando de olvidarse de una sospecha que habia concebido.

—¿De qué no entenderá un *perillan* como yo? dijo Eloy dándose tono.

—Nada, nada, pues leamos; y Eduardo cogió la carta y empezó á leer:

«Heliodoro: Sabes cuánto te amo...»

Al llegar á este punto, Julio le quitó apresuradamente el papel, diciendo:

—Dejadme; voy á leerla yo.

Cuando Julio cogió la carta, Eduardo trató rápidamente de leer la firma y dijo:

—¡Se me figura que pone Carolina!

Entonces el rostro de Julio se encendió de pronto; todos cuantos allí estaban notaron la trasformacion que en el semblante del jóven tuvo lugar.

Julio empezó á leer la carta; miró la firma; apenas hubo recorrido unos cuantos renglones, se puso más conmovido cada vez; por fin comprendió que la sensacion que la lectura de aquel papel le hacia iba á ser conocida por los que estaban delante, y guardando la carta se puso de pié, murmurando con voz un poco alterada:

—¡Eloy...!

—¿Qué te pasa, hombre? ¡Parece que te pones sério!

—¡Déjate de bromas! ¿Quieres venir conmigo?

—¡Hombre! ¡Pues me gusta! ¡Con que acabo de llegar de la calle y me llevas á ella otra vez!

—Ven conmigo, Eloy; hazme ese favor; exclamó Julio con seriedad.

—¿Pero qué diablos tiene esa carta que te levantas así, de repente?

—Cállate, nada tiene de particular. ¿Me acompañas, sí ó no?

Fernando y Eduardo se miraban sin pronunciar una palabra; contemplaban aquella escena con curiosidad.

En el rostro del gacetillero divisábase una sonrisa; mostraba este cierta satisfaccion.

Eloy se levantó, y cogido del brazo de su amigo Julio se alejó de allí.

En cuanto estuvieron á alguna distancia, la suficiente para que no le oyeran, Eduardo, dando un puñetazo en la mesa, dijo con alegría:

—¡Voto vá! Fernando, ¡apostaria á que tengo el gran asunto para una gacetilla!

—Puede ser, dijo el poeta aristócrata.

—¿No se llama Carolina la hermana de Julio?

—Sí, contestó Fernando.

—Pues, hombre, ¡ya está averiguado todo! Carolina ama á Heliodoro! Heliodoro ama á Carolina; Julio no tenia ninguna noticia de que los dos callandito se arreglaban; lo sabe por medio de esta carta, que ese truhan se encuentra en el bolsillo del abrigo que ha robado, y hé ahí una novela de costumbres.

—No me parece mal, no me parece mal.

—Mañana en el periódico le voy á dar á Julio la gran

guasa para que otra vez no sea reservado con sus amigos; ¡pues me gusta! ¡Quedarnos sin leer un billete de amor! ¡Qué cosas más deliciosas debía decir la tal carta! ¿No te parece? Daria cuanto tengo, que no es nada, por leerla. Este chico se va volviendo más sério cada vez; se me figura que de andar con Alfonso se le van pegando las costumbres y las majaderías de ese romántico del siglo XIX.

—Esto tiene que traer cola; con que preparémonos á presenciar el espectáculo.

—¡Si cuando te digo que va á ser delicioso! gritó con fruicion el gacetillero.

CAPITULO VI.

El fin de la fiesta.

Apenas salieron del café Julio y Eloy, se dirigieron hácia la plaza de Anton Martin.

Anduvieron todo el trecho de calle que mediaba entre el antiguo café del Iris y la calle del Príncipe; recorrieron esta por completo, y durante este trayecto hablaron así:

—¿Con que tú crees que le encontraré todavía? decia Julio.

—¡Vaya si le encontraremos! ¡Allí está hecho todo un borracho, con otros camaradas! ¡Y ahora que me acuerdo! ¿No estabas invitado tú? ¿Por qué no has ido?

—Francamente, porque desde hace algun tiempo Heliodoro me está repugnando. Ha habido una época en que era yo su esclavo, en que sus raras teorías me deslumbraban, en que le creia con talento, en que me parecia un poco excéntrico, pero de buen fondo; hoy veo lo contrario; Heliodoro es un hipócrita, es un infame, tiene un corazon perverso; no es extraño que no crea en el alma, porque no la tiene.

—Algo hay de eso; pero ¿á qué vienen sermones en esta ocasion? ¡No te has vuelto poco filósofo! Será tal vez porque la filosofia está en moda.

Al llegar debajo de uno de los faroles de la calle del Príncipe, Julio se paró y leyó entonces por completo la carta á la luz que el farol despedía.

—¿Pero no puede saberse lo que dice este papel, hombre? ¡Pues no te has alterado poco cuando le has leído! Sin embargo, si es cosa que debe ocultarse, no me digas una palabra, no soy curioso; ¿á mí qué me importa de lo que te va ni de lo que te viene? ¡Allá te las hayas con mil diablos! ¡No sería mal tonto si despues de encontrarme con un gaban fuera á tomarme interés por ninguna cosa, y ménos siendo cosa ajena! Y por cierto, ahora me acuerdo, ¡no seré yo quien entre contigo en la sala de la cena! ¡Me espongo á perder esta joya! ¡Nada, nada; te dejo, y tú te las compondrás como quieras!

—No; hombre, acompáñame; yo no sé dónde está esa dichosa casa; por más que Heliodoro me diera las señas de ella cuando me invitó, como yo ya estaba decidido á no asistir, no quise fijarme en ellas.

—Bueno, pues te enseñaré la puerta y allí te dejo; lo que es arriba no subo.

—¡Como quieras!

Siguieron andando en direccion á la plaza indicada.

—Eloy, dijo una vez Julio, que comprendía que sería fundada toda la curiosidad que tuviera su amigo al ver los misterios con que andaba, y tratando de evitar torcidas interpretaciones; es el caso, amigo, que Heliodoro ha recibido un desprecio de mi hermana, y él, pretencioso y vano como siempre, no cesa de morderla en su reputacion; tengo en este papel la prueba patente de que Carolina no accede á sus infames ruegos y voy á arrancarle la lengua, porque no son

ya pocos y aislados, sino muchos y repetidos, los rumores que á mis oídos van llegando de lo que de ella dice.

—¡No hagas caso de eso, hombre! ¿Quién te mete á tí en semejante *jaleo*?

—No, es que tengo interés en que se sepa la verdad; Heliodoro es un infame, es un miserable, cuya pequeñez y cuya debilidad tengo ya empeño en hacer ver á sus aduladores; á esos infelices á quienes lleva engañados y que forman hoy su córte, á esos que se enorgullecen con su amistad.

—Hasta cierto punto tienes razon en tomar una determinacion extrema; ya me va cargando ese pedante; ¡tanta importancia! ¡Tanto tono! ¡Amigo, y ahora como tiene cuatrocientos mil duros! ¡Quién los pillara! Si yo tuviera esa cantidad en lo que menos pensaba era en darme tono, ni en echármelas de hombre aburrido como él lo hace, de hombre cansado de la vida, de sábio, de filósofo, de materialista, de excéptico; ¡vaya un gusto! ¡Y luego dice el gran zorro que no ama á nadie y que á nadie quiso jamás! ¡Mire Vd. cómo se explica! ¡Amando en secreto! ¡Oh! ¡Qué hipocresía! ¡Si no puede uno creer á estos trastos que se las echan de diferentes de los demás!

En esta conversacion llegaron hasta el portal de la casa de Cármen; Eloy se despidió de su amigo; este subió y entró en la casa.

—¡Tarde llega Vd.! le dijo el criado que le abrió la puerta.

—¿Está Heliodoro? preguntó Julio con gravedad.

—Lo dudo...

—¡Cómo que lo duda Vd.! ¿Qué quiere decir eso?

—¡Quiero decir que es muy posible que su amigo esté ya convertido en un tonel!

—Luego, ¿no ha salido?

—No señor; ¡pase Vd., pase Vd! ¡Ahí le encontrará!

—¡Entonces llevo á tiempo!

Y diciendo esto Julio penetró hasta la estancia donde la cena se habia verificado.

Algunos de los bebedores que no se habian achispado tanto como sus compañeros iban volviendo en sí, pues su embriaguez se habia reducido únicamente á un pequeño sueño; habian soñado algunos que se estaban paseando entre Pinto y Valdemoro; otros en el gallinero con que está adornada la religion de Mahoma, y algunos tambien en la inmortalidad del cangrejo.

No faltaba quien se ocupaba además de la resolucion de la cuadratura del círculo; á uno de los convidados, que tenia borrachera alegre, le daba por bailar; resolvía tal vez el problema del movimiento continuo. Daba más vueltas que Nicolás Salmeron en política.

Casi ninguno reparó en la entrada en escena de un nuevo personaje.

Cuando Julio penetró en la habitacion no vió al principio á Heliodoro, pues estaba confundido entre aquella multitud gozosa.

No tardó mucho en oír su voz; dirigióse rápido hácia él, pero al ir á agarrarle de un brazo, como pensaba, para sacarle de allí, notó que hablaba de alguna cosa que podría interesarle.

Sostenía el rey de la fiesta un diálogo con dos ó tres de los convidados que se hallaban en distinto lado de la mesa.

—¡Hombre feliz! decía uno de estos dirigiéndose á Heliodoro. Nuevo D. Juan Tenorio, que haciendo ver que no

sientes amor por ninguna te llevas tras de tí á todas las mujeres que te place; ¡yo te felicito! Tú has hallado la piedra de toque para interesar á las hijas de Eva; esa piedra de toque es la indiferencia; tú, que lo mismo encuentras abiertos los brazos de la hermosa Cármen, la heroina de nuestra cena, que los de la magnífica sobrina que tiene este invierno á su lado cierta marquesa muy conocida en Madrid; ¡yo te saludo!

La mirada de Julio despidió chispas cuando oyó semejantes cosas; tentado estuvo de lanzarse sobre el que tal decía y ahogarle el aliento en su garganta, pero le pareció más oportuno dejar que prosiguiera.

La situacion de Julio era cada vez más angustiosa, pues los diálogos que aquellos calaveras sostenian eran pesados; cada vez se interrumpian por salidas de tono que se le ocurrían á cualquiera de aquellos ébrios; en medio de todo se resignó á esperar; queria oír de labios de Heliodoro algo que le confirmase de que era tan infame como ya iba creyendo Julio, de que era un calumniador, de que era un hipócrita; esperaba un momento oportuno para humillarle por completo, para hacer ver su pobreza de alma, su miserable corazón á todos aquellos que formaban su cohorte.

Alberto decía en medio de su letargo estirándose más cada vez en su sillón:

—¡Autor dramático, límpiame las botas! ¡Han debido mojarseme con el champagne ó con el Chipre! ¡Límpiame las bien y te pondré en escena una comedia la semana que viene!

Por supuesto, no faltó quien se las limpiara.

—¿Qué es lo que dices tú de esa magnífica sobrina que cierta marquesa tiene este invierno á su lado?

—Nada, nada, que estás en grande; que ninguna deja de rendirse á tus piés en cuanto quieres hacerla tu esclava; que eres el jóven de moda; que Carolina es tuya...

—¿Carolina? ¿Qué es lo que dices? ¿Qué si es mia? ¡Vaya si lo es! ¡Puesto que os empeñais...!

—Disimulad, disimulad ella y tú, que nada adelantareis; os delatan mil pruebas elocuentes; en cuanto os encontráis el uno frente al otro, ella baja los ojos conmovida, tú tratas de aparecer frio ante ella para que las gentes no sospechen. ¡Ah, zorro! ¡Sabes más de lo que te enseñaron en la escuela!

—En eso ya estábamos, dijo Heliodoro con voz enronquecida; me divierto; esa es la vida, la diversion, el egoismo; ¡oh! ¿Quién dijo egoismo? ¿Acaso el placer es generoso? ¡No y mil veces no! Esta es la vida; el licor, las mujeres, el placer, las noches que se pasan oyendo el choque de las copas con que se brinda y de las botellas que se arrojan despues de vacías; y verdaderamente, ¿para qué sirve una botella vacía? Una botella vacía no viene á ser otra cosa que un escritor sin ideas, que un hombre sin dinero, que un corazon con ilusiones, que al fin no son nada; que un libro de poesías, que una comedia de sentimiento, que un político platónico, que un ministro de buena fé, que un hombre digno, que una mujer que quiere conservar su honra, y que un filósofo que pasa por sábio y ha dicho públicamente que *Mahoma era un hombre de una pieza*.

—¡Bravísimo! empezaron á gritar todos cuantos allí habia.

—Pero el caso es no separarse de la conversacion que teníamos; oye tú, Heliodoro, parece que huyes de que se te hable de Carolina; no debes hacerlo, porque sabemos más de

lo que tú te figuras; pues qué, ¿no es ya público que esa jóven ha salido alguna vez de casa de su tia, sola y en coche, sin que la marquesa lo supiera, y ha venido por ciertas calles que no están muy lejos de aquí? Pues qué ¿no sabemos que han mediado cartitas que han ido á la calle Ancha de San Bernardo, y que ha habido otras cartitas tambien, contestacion á aquellas, que han hecho el viaje inverso, es decir, desde la calle Ancha de San Bernardo hasta la de Alcalá?

—En fin, amigos, es cierto; veo que sois unos investigadores de primer orden, unos curiosos terribles; no puede uno tener un secreto con vosotros; ¡bueno, es cierto! ¿y qué? Carolina es mia; nada me ha negado, ¡absolutamente nada! Pero eso, ¿qué significa? Yo no lo doy la importancia que lo dais vosotros; un número más en la suma de *mis queridas*; un nombre más añadido al catálogo de las mujeres que tendrán siempre de mí un recuerdo inolvidable...

En esto, una voz que hasta entonces no se habia oido y que parecia más firme que las demás, llenó todos los ámbitos de la sala; sintióse hácia el lado de la mesa en que estaba Heliodoro cierto estrépito.

Era Julio, que no habia vacilado en llegar hasta el rey de la fiesta, atravesando el círculo de aduladores que le rodeaban y derribando al suelo sillas y todo cuanto encontró al paso; por fin, con la carta en la mano, cogió á Heliodoro de un brazo, le arrancó á viva fuerza del sillón en que estaba tendido y le puso en pié; despues, enseñándole el papel y poniéndole en medio de la mesa para que se enteraran todos de lo que allí decia, más reteniéndole al mismo tiempo porque no queria perder aquella prueba de la inocencia de su hermana y de la infamia de Heliodoro, exclamó:

—¡Eres un miserable! ¡Eres un villano! ¡Todos vosotros sois lo mismo, calumniadores! ¡Hez de la sociedad, escoria de la juventud, no sabeis cruzar por el mundo sin arrojar sobre las personas honradas, á cuyo lado pasais, el veneno de vuestra baba asquerosa, despreciables reptiles! ¡Mi hermana es honrada! ¡Carolina jamás fué tuya! ¡Mira este papel que has recibido esta noche, en el que se niega á acceder á tus criminales ruegos! Antes de escribirla esto, ¡cuántos resortes habrás puesto en juego para arrebatarla su honra! ¡Cuánto la habrás acechado! ¡Cuánto la habrás perseguido! ¡Cómo fingias indiferencia ante ella y ante mí! ¡Si me da asco mirarte á la cara! ¡Si no sé cómo te dejo con vida, como no te he deshecho ya entre mis manos ó te he arrancado la lengua y con ella la existencia! ¡Difamadores! A pesar de tu turbacion, á pesar de tu embriaguez, parece que bajas la vista, parece que te avergüenzas. ¡Sí! ¡Sufre! ¡Este es el castigo que todos vosotros deberiais llevar! Acercaos los que le rodeais, los que habeis sido invitados á esta fiesta criminal, puesto que es para celebrar una muerte; los que formais su cohorte, unos porque creeis de buena fé sus palabras, otros porque os figurais que es un hombre de talento que os podrá servir un dia de algo, otros porque sois tan infames como lo es él; acercaos y leed lo que aquí dice. Carolina, mi hermana, que es pura como la luz del sol y por cuya honra responderé en todos los terrenos con la faz levantada y la conciencia tranquila, Carolina se niega á acudir á una reunion á donde Heliodoro la cita, porque conoce el móvil bajo y raquíptico que le arrastra á citarla allí. Le dice tambien que ni por nada ni por nadie perderá su honra; decidme, si no fuera cierto que era honrada, ¿concebís vosotros que

en una carta, mandada en secreto, hubiera estampado semejantes palabras? ¡Nunca! ¡Si Carolina no hubiese sido una jóven de educacion, un corazon bueno que evita siempre que puede el hacer daño á nadie, le hubiese despreciado á este canalla! ¡Oh! ¡Y aun tiene consideraciones con semejante reptil! ¡De ese modo pagas tú la atencion con que te miraba! ¡De ese modo quieres seducir á una inocente! ¡Ah! ¡Villano! ¿Tiemblas de ira? ¡Sí, tiembla! ¡Veo que te estremeces ante la voz de tu conciencia, que te acusa! ¡Pero cá! ¡Si tú no tienes conciencia! Siempre sois los mismos; pagais los beneficios con traiciones; pagais las bondades con calumnias; á eso se reduce vuestra escuela; á eso llamais franqueza, llamais libre albedrío, llamais conciencia libre, llamais despreocupacion, á lo que no es más que egoismo grosero, estupidez, infamia, pobreza, envidia á todo lo puro y bello, ódio á todo lo noble y generoso. Veis la pequeñez de vuestra alma y no podeis menos de mirar con rencor todo lo que es grande. ¡Ah! ¡A todos los que son como tú debería retirárseles la mano, no mirarles nunca á la cara, dejarles solos, abandonados á sus remordimientos! No creeis en la virtud porque no la conoceis ni la habeis visto nunca; no tiene nada de extraño; no creeis en el amor porque no sois capaces de comprenderle. ¡Ah! Y aun hay quien os cree felices; yo os compadezco; pero no solo os compadezco; ¡quiero humillaros! Y lo hago ahora escupiéndote á la cara, ¡canalla! ¡Eso es lo único que mereces! ¡Si se me figura que voy á manchar mis manos si las pongo sobre tu rostro!

La voz firme y segura de Julio resonó con eco poderoso; el silencio, en cuanto empezó á hablar, se hizo sepulcral; aquellos que parecian más insensibles á causa del efecto de los licores

fueron volviendo en sí y fijaron la atención en las palabras de Julio.

Heliodoro parecía despertar de un sueño al oír aquello; palabra por palabra iban cayendo sobre él como si fueran martillazos que le golpeaban el cerebro, que le enloquecían, que le anonadaban; indudablemente una lucha terrible tenía lugar en su interior; no acertaba á comprender cómo se había verificado aquel cambio, cómo la fiesta había variado de carácter; restregábase los ojos, miraba en torno suyo y era verdad; allí estaban todos sus amigos, todos sus aduladores, todos los que batían palmas á cada ocurrencia suya, los que iban en pos de él á admirar sus infamias; ¡no tenía fuerza para soportar aquella tempestad que sobre él rugía!

Se le figuraba que habíase levantado el velo que ocultaba su conciencia de ciego y que la estaban viendo todos; le daba vergüenza fijarse en ninguno; si alguna mirada de los que á la mesa estaban sentados se posaba en la suya, creía sentir que le abrasaba. ¿Era posible concebir mayor desesperación, mayor hundimiento que el de Heliodoro, empequeñecido bajo las tremendas acusaciones de Julio? Ya estaban á la luz del día sus miserias, su pequeñez, su raquitismo; toda aquella preponderancia de que gozaba parecía que se había desvanecido como el humo, como un castillo de naipes que se lleva el viento.

Pensó una vez en lo venturoso que sería si todo aquel licor que antes ardía en sus venas hubiera sido veneno.

En todo hallaba amargura; en ver que aun brillaban las luces, en cerciorarse de que era verdad lo que había oído, en contemplar á Julio á su lado todavía, en observar el silencio que se había formado, en la carta de Carolina, que es-

taba á la vista de todos en medio de la mesa; en aquellas mujeres que, aunque ya sin pudor, le miraban como acusándole de su infamia, porque, por pervertida que una mujer esté, siempre odia al calumniador de la inocencia, siempre le aborrece; es tal vez lo único que la mujer nunca perdona, la calumnia, que hiere una honra; y si se trata de la suya, eso es lo único tal vez de que una mujer jura vengarse, y si puede se venga.

Por fin vino á variar el aspecto en que había quedado la sala después de las palabras de Julio; uno de los que ménos habían atendido á este y que estiraba sus brazos como si se despertara entonces, á pesar de haber estado desde hacia algún tiempo con los ojos abiertos, meneó la cabeza exclamando:

—¡Cómo se conoce que estamos en Cuaresma! ¡Lo digo por el sermón que ha predicado este prójimo!

—¡Calla, miserable! ¿También tú? dijo Julio lanzándose sobre él.

Entre tanto, los convidados que aun podían tenerse en pie habían ido reponiéndose, serenándose, y llegaron á indignarse por haber consentido decir á Julio cosas tan estupendas.

—¡Fuera ese intruso! empezóse á oír, aunque sorda y cobardemente, por varios lados de la mesa.

Entonces los indecisos robustecieron el rumor gritando también:

—¡Fuera ese intruso! ¡á la calle! ¡que nos deje en paz! Cuando queramos oír sermones iremos á la iglesia; aquí se viene á gozar; ¡y luego dicen que el vino hace á todos hermanos!

—¡De seguro que ese mozo ha comido una aceituna podri-

da! ¡Aceituna? ¡Allá van las aceitunas! Y un plato de dichos entremeses cayó sobre el brazo del hermano de Carolina.

Entonces el furor de éste se trocó en cólera; cogió uno de los bastones que halló perteneciente á los convidados.

Una vez armado Julio, aquellos armáronse tambien; pero no pegaban todos al intruso, como era natural, sino que se zurraban en grande unos á otros.

Algunos quinqués vacilaron sobre su base y cayeron al suelo; algunas hujías de las arañas se quebraron tambien; empezaron á volar los vasos por el aire; las mujeres gritaban, los hombres alborotaban y reñían.

Hubo un desórden imposible de describir; las sillas, la mesa, los platos, los sombreros, los abrigos, todo varió de sitio.

Entremezclábanse juramentos, ayes, insultos, amenazas, gritos desaforados de los que pegaban palos y de los que los recibían; las mujeres, sobre todo, formaban un barullo de mil demonios.

Julio, en medio de toda esta confusion, se hizo paso y llegó hasta la puerta de la sala.

Heliodoro no tomó parte en aquel expresivo final de la funcion; permanecía como abatido, tirado en su sillón, y ocultaba el rostro entre sus manos y la mesa, como si se avergonzara de que le viera nadie; debía sufrir horriblemente. La impresion que habian hecho en él las palabras de Julio habia sido horrorosa.

—¡Que no se nos escape! empezaron á gritar algunos de los convidados; ¡que se nos va á marchar! ¡Ah! ¡Huyes, cobarde?

—¡Atrás, borrachos! gritó Julio con dignidad volviendo la

cabeza antes de salir é imponiendo respeto á los más atrevidos.

Cuando Julio desapareció por el dintel de la puerta empezaron á oirse expresiones por este estilo:

—¡Somos unos cobardes, unos gallinas, si le dejamos marchar!

—¡Síguele tú!

—¡Pues síguele tú, que estás más cerca!

—¡Ahora andaremos con quién ha de seguirle, y él entre tanto se va sin la paliza del siglo que debíamos haberle dado!

En esto, y en un intervalo de silencio que hubo, oyóse una voz brusca cerca de la puerta por donde se penetraba en la sala de la cena, una voz varonil y ronca, que decia:

—¡Hola! ¡Hola, señorito! ¡Quiere Vd. marcharse! ¡Pues no lo logrará! ¡Está Vd. ya en mis manos!

Unos minutos despues entró Roberto en la sala donde estaban todos los jóvenes reunidos, conduciendo á Julio de un brazo.

CAPITULO VII.

—

Lo imprevisto.

—¿Qué ha hecho este, que se iba de semejante manera? ¡De seguro que ha sido el promovedor del escándalo!

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Viva el inspector! ¡Viva la policía! empezaron á gritar por todas partes los amigos de Heliodoro viendo á Julio en manos de Roberto.

—¡No chilleis mucho, bandidos! ¡No canteis victoria, que voy á hacer lo mismo con vosotros! Pues qué, ¿á mí se me gana con adulaciones? ¡A buena parte venís! Por de pronto, estúpidos, dormireis todos en el Saladero, no chilleis; ¡al diablo se le ocurre ponerse á gritar de esa manera con los balcones abiertos y en un cuarto principal!

En efecto, como Roberto había dicho, algunos de los balcones estaban abiertos, á pesar del frío que hacia, con objeto de templar la habitación, cuya temperatura había subido de punto á causa de la aglomeración de gente, las luces y el calor del banquete.

—¡Vamos á ver! ¿Qué es lo que ha pasado aquí? Aquel de vosotros que se halle sereno me lo va á decir punto por pun-

to; estará en el Saladero veinticuatro horas ménos que los demás; pues siendo el que se haya emborrachado ménos, justo es que sea aquel á quien menor pena se le aplique; y además, será, por consiguiente, el que ménos haya escandalizado.

Roberto pareció quedar satisfecho de su silogismo, y se calló un instante como para que admirasen los oyentes sus profundidades filosóficas.

—Bueno; pues hablaré yo, dijo uno.

—No, tú no; estoy yo más sereno, añadió otro tapándole la boca.

—¡Que me dejes, que te suelto un palo! ¡El más sereno soy yo, señor inspector!

—¡Chiton! ¡Que hable ese que tiene cara de energúmeno y corbata encarnada, exclamó Roberto con voz de mando; y añadió encarándose con el aludido:

—¡Nadie diría que tú eras de esta gente! Tienes cara de presbítero; ¡no te faltaba más que el alzacuello! Sin embargo, parece que prefieres al cáliz una botella de champagne. Habla, gahnápiro; ¿quién es el que ha causado el desorden? ¡Explicate si puedes!

—Ese señorito á quien tiene Vd. preso y que trataba de irse en cuanto armó el zafarrancho.

—¿Pues qué ha hecho? volvió á decir Roberto con un gesto avinagrado y al mismo tiempo fijándose bien en Julio, como si quisiera convencerse de que era él alguno que sospechaba.

—Pues nada, ha venido aquí á armar escándalo.

—¿Pero qué escándalo ha sido ese?

—A insultarnos, y luego ha huido. ¡Mire Vd. el cobarde!

—¡Vamos, eso no es nada! Dormireis diez dias en el Saladero, y con eso está arreglado todo. ¡Hola! ¡Tambien veo que hay mozas por acá! Sois todos unos muchachos de provecho; tambien las señoritas estas irán á dormir á la sombra otros diez dias. ¡Es una gran cosa la ley! ¡Es muy previsor! En cuanto esteis el plazo fijado en el Saladero, salís de allí más listos; de seguro que se os ha pasado ya la *mona*. Sí, hombres, el Saladero es una gran cosa; así no haceis por las calles ni en vuestras casas la triste figura. Con que á este señorito me lo llevo yo ahora conmigo; que ninguno salga de aquí; deajo abajo centinelas; dentro de poco vendré con más gente y os llevaré al *cajon* hasta que amanezca; en cuanto amanezca ireis derechitos á la *casa grande*.

Roberto, antes de salir, volvió á mirar á Julio con atencion; en Julio habia tenido lugar una trasformacion profunda desde que el inspector le agarró con su mano de hierro; habia palidecido; un temblor profundo se apoderó de él.

Toda aquella altivez, toda aquella bravura de que habia hecho gala en medio de los amigos de Heliodoro, habíase trocado en desaliento, más bien en espanto, que fué la impresion que en su semblante se retrató.

El inspector se fué con él satisfecho, felicitándose por haber hallado una buena presa.

CAPITULO VIII.

Sorpresa.

Al dia siguiente de los sucesos antes narrados, la marquesa del Suspiro preparaba á Carolina una impresion agradable.

Habia estado la marquesa el dia anterior en casa del obispo, á donde habia ido con un objeto piadoso.

Habíale este presentado á la venerable señora un sacerdote apreciable en todos conceptos.

Era este un jóven como de unos treinta y dos años, simpático, de franca y expresiva fisonomía, de mirada serena y apacible, de faz un tanto sonriente; era un sacerdote ilustrado.

Habia llegado á Madrid con una infinidad de recomendaciones de personas influyentes en varias provincias y parecia estar relacionado con las principales casas de la córte.

Pocos dias hacia que habia llegado á Madrid, y el obispo tenía invitado á comer en su casa el dia que la marquesa del Suspiro le encontró en ella.

Como era natural en una persona de calidad y de educa-

cion como la marquesa del Suspiro, ofrecióle al joven sacerdote su casa, y al despedirse le manifestó que tendría un placer inmenso en que la visitara.

El sacerdote dejó trascurrir unos días antes de ir á la casa que se le había ofrecido; no estaba bien, ni entraba en las prácticas cortesananas, introducirse así con una familia al día siguiente de conocerla.

Durante los días que mediaron entre el ofrecimiento y la visita que más tarde el sacerdote hizo á aquella señora, la marquesa volvió á ver al obispo.

Había entre los dos gran confianza, y la conversacion una vez recayó sobre el joven clérigo; el obispo decía:

—¡Ah! Es un ministro del Señor, completo; si todos nuestros sacerdotes fueran así, ¡cuánto más ilustrado, cuánto más respetable sería nuestro clero! ¡Oh! En España estamos en esto muy atrasados; no es solo en las parroquias rurales, ni en provincias, sino en el mismo Madrid, donde hay una infinidad de curas que no saben otra cosa que murmurar entre dientes un poco de latín para decir una misa; pero en cuanto á lo demás, nada; no poseen ninguno de esos ocultos resortes que hacen falta para llevar la convicción á ciertas almas; en cambio nuestro buen amigo tiene todas las condiciones que pueden exigirse á la persona más instruida para alternar en sociedad; tiene un claro discernimiento para emitir su opinion sobre todas las cuestiones que agitan el mundo. Es humilde, es modesto, sabe muchísimo. Tengo un verdadero empeño en que la primera canongía que quede vacante sea para este joven que tanto merece y tanto vale.

La marquesa preguntó al obispo:

—Y ¿de qué país viene?

—¡Ah, señora! ¿No se lo ha dicho á Vd.? Viene de la provincia de Santander.

—Por aquel país tengo familia; ¿por qué no le animáis á que vaya á visitarme? Tengo un verdadero placer en recibir á las personas ilustradas en mi casa, y mucho más si á su ilustracion reúnen la dignidad eclesiástica; animadle, tal vez me dará alguna noticia de la familia que tengo por allá.

—Así lo haré, marquesa; cumpliré fielmente los deseos de Vd.; yo le haré que la visite á Vd. bien pronto; sin embargo, debo advertirla una cosa; no es en la capital de la provincia donde más tiempo ha estado nuestro amigo; primero estuvo en Torrelavega; más tarde en Santander mismo, pero poco tiempo; últimamente ocupaba una plaza de diácono en Castro-Urdiales.

—¿En Castro-Urdiales? ¡Pues precisamente ese es el punto donde tengo á mi familia! ¿Cómo se llama?

—D. Leandro.

—¡Ah! D. Leandro; precisamente era el confesor de mi sobrina; era el director espiritual de la casa de mi hermana, á quien tengo en dicho pueblo. ¡Oh! Hacedle ir; que no falte.

—Esta noche vendrá á verme, y así se lo encargaré.

—¡Ah! Una cosa, señor obispo; no le digais quién soy; no le habéis nada de Castro; quiero sorprenderle agradablemente.

—¡Siempre tan animada!

—No olvideis mi encargo, señor obispo.

—¡Quede Vd. con Dios, marquesa!

—¡Dios le guarde!

En efecto, al día siguiente, sin que la marquesa del Suspiro hubiese dicho á Carolina una sola palabra, D. Leandro se presentó en aquella casa. Fué bastante temprano, por encargo del obispo, quien le habia rogado que aceptase un almuerzo ó una comida en la mesa de aquella señora, puesto que queria conversar con él largamente.

Serian próximamente, cuando D. Leandro entró en aquella casa, las once de la mañana; Carolina no era madrugadora, enfermedad de que adolecen todos los jóvenes que viven en la córte, cualquiera que sea su posicion social.

Notó al arreglarse, pues en eso invertia la mañana antes de sentarse para tomar el almuerzo, que alguna visita habia en casa; oia hablar á su tia en el gabinete con alguno.

No volvió á pensar en ello; continuó su *toilette*; se miró varias veces al espejo y su pensamiento voló á otro sitio.

Ya conocemos la carta que le mandó Heliodoro el día anterior; hízole la tal misiva un efecto grande, una impresion profunda.

La primera idea que se le ocurrió, al enterarse de aquellas líneas de Heliodoro, fué rasgarlas para que nadie pudiera leer lo que allí decia, aniquilarlas, hacerlas desaparecer por completo.

Sin embargo, sabemos que á Heliodoro le amaba; acordémonos de aquella escena del jardin en Castro-Urdiales, de aquella noche tan hermosa que habia dejado en su alma un recuerdo inolvidable.

No se contentó con leer una vez la carta, por más que las palabras allí escritas la hiciesen daño; volvió á recorrerla de nuevo con la vista; apenas la acababa de leer, volvía á empezarla.

¡Oh! ¡Al fin era de Heliodoro! ¡Cómo no habian de atraer sus miradas aquellas frases! Las habia trazado la mano del hombre á quien amaba, la de aquel que habia sido el objeto de sus sueños, pero á quien tenia que renunciar porque conocia que no era muy pura la pasion que sentia por ella.

Por más que varias veces leyó la carta, lo habia hecho á hurtadillas.

Daba la casualidad que aquella noche apenas se separó de ella la marquesa del Suspiro; queria Carolina leerla una vez despacio, analizarla, desmenuzar todo lo que allí decia y ponerse á meditar si habia en la carta un átomo de amor; pero comprendia que la carta corria peligro si no la ocultaba mucho.

Hasta entonces absolutamente nada se habia sospechado por su familia ni por su tia del secreto de que ella y Heliodoro solamente tenian conocimiento; así es que convenia que nada se descubriera.

—¿Dónde he de guardar yo este papel para leerle con calma? ¡Ah! ¡Aquí!

Y diciendo esto, una de las veces que pudo librarse de la presencia de su tia cogió un libro de oraciones que tenia en su gabinete, libro que nadie tocaba nunca, que ella solo usaba, y se dijo:

—¡Aquí estará seguro el papel! ¡Esta noche al acostarme lo leeré despacio!

En efecto, metió la carta entre las hojas del libro indicado, y una vez cerrado este, nadie podria sospechar al verle sobre su cómoda que contenia carta alguna; las hojas se adaptaban las unas á las otras perfectamente, de una manera admirable. Además, nadie solia entrar en su gabinete.

Llegó la hora de acostarse, cogió el libro de oraciones y lo llevó consigo; una vez sola, y segura de que nadie podría observarla, abrió los broches, separó dos hojas, entre las cuales estaba la carta en cuestion, y la sacó de allí.

Reparó en que habia puesto el papel delante de una estampa que representaba la Virgen de los Dolores, y sintió cierto temblor; le pareció aquello una profanacion; sin embargo, la impresion se desvaneció en breve.

Leyó tres ó cuatro veces la carta antes de acostarse. ¿Qué imán tenia aquél papel que atraia sus ojos de tal manera? Era una cosa inexplicable, pero era lo cierto que así sucedia; no acertaba á cerrar la carta, ni á romperla; por fin, fatigada de tanto reflexionar, de tanto pensar en su pasado y en su porvenir, en su honra y en Heliodoro, sintió que la cabeza le dolia bastante, que aquella lucha interior que la agitaba no podría durar mucho tiempo sin llevar consigo algunas consecuencias desagradables, y volvió á doblar el papel y á meterle entre las hojas del libro; cerró los broches de éste y lo puso otra vez encima de su cómoda; despues se acostó.

Aquella noche no pegó los ojos; hizo á Jacinta que apagase la luz del gabinete, que ardia todas las noches, por ver si así dormia mejor; no consiguió nada.

Primero tuvo los ojos abiertos sobre la luz, despues los tuvo sobre lo negro, pero abiertos siempre; no pudo dormir ni un minuto; cada vez estuvo más agitada.

—¡Heliodoro no me ama! murmuró algunas veces con tristeza.

—¡Ah! ¡Pero yo le amo! volvió á decir con amargura.

.

La marquesa, durante la visita de D. Leandro, estaba go-

zosa, pensando en la impresion que haria en el sacerdote y en su sobrina el verse de repente, cuando ninguno de ellos lo sospechaba, en la mesa el uno frente al otro.

Carolina reconoceria en seguida á su antiguo confesor y este inmediatamente reconoceria á Carolina.

Hablaban el sacerdote y la marquesa de los acontecimientos del dia.

—¿Y qué me dice Vd. de estas cosas, D. Leandro? exclamaba la señora de la casa.

—¡Ah! ¿La situacion? Cada vez peor; yo no sé adónde vamos á ir á parar si esto continúa; con razon se alarman todas las personas sensatas; con razon ponen el grito en el cielo las clases conservadoras. No cabe duda que la demagogia nos amenaza. ¿Qué será de la sociedad si esto sigue mucho tiempo? Estas ideas locas que saca la juventud, esta revolucion latente del pueblo, que al fin y al cabo llegará á desbordarse, nos ha de traer grandes males; señora, acuértese Vd. de lo que yo le digo. Pero quienes tienen la culpa de ello no son los malos, al fin y al cabo los perversos, perversos son siempre, y nada de ellos puede esperarse; los culpables de todo cuanto aquí suceda, los responsables de los males que vamos á sufrir, son esos apóstatas del partido del orden, que quieren dar entrada en la legalidad á toda esa turba desenfrenada. ¡Oh! Señora, no cabe duda que este sistema constitucional que desde hace algun tiempo nos rige es la cosa más deplorable. ¿Que hay que abrir las puertas á eso que llaman nuevas ideas, regeneracion política, regeneracion social, democracia? ¡Oh, horror! Pero la justicia divina no se equivoca, y seguro estoy que el dia que las pasiones populares se desborden, como sucederá muy pronto, esos

que nos hablan más de libertad y que van á la cabeza de los revoltosos serán los que primero caigan; esa será la [gran prueba de que la Providencia existe. El cielo nos libre de que llegue ese dia, porque va á haber grandes venganzas, asesinatos horribles, incendios. ¡Otro nuevo Atila llama á nuestras puertas! ¡Las revoluciones! Y ¿quiénes tienen la culpa de las revoluciones? ¡Los que dan lugar á ellas con sus predicaciones impías! Al rey no debe ponérsele ninguna cartapisa en el desenlace de sus espinosas funciones; qué, ¿no hay Dios que gobierne el universo? ¡Pues tiene que haber un rey que gobierne el país! Todo lo demás, desengañese Vd., señora, es una hipocresía, es el odio de los descamisados á las personas que tienen algo. ¡Esto tiene que concluir muy mal!

—¡Oh! Qué razon tiene Vd., D. Leandro; veo, en efecto, que es Vd. un hombre de talento, está Vd. en lo firme: si tuviésemos muchos hombres como Vd., aun podrian remediarse los males que van á caer sobre nosotros. No cabe dñda que hay corrientes misteriosas que tratan de trastornar la sociedad, que se conspira para que un dia amanezca Madrid ardiendo por todos sus cuatro costados, como la Roma encendida con que soñaba Catilina, y que nosotros, los que vivimos en las ciudades, vamos á ser las primeras víctimas de esa catástrofe. Porque ¡es claro! los que nunca han tenido nada, gente sin educacion, gente sin religion, quieren aprovecharse de todo cuanto tenemos las personas que poseemos algo; ¡y se repartirán nuestras tierras! ¡Y vendrán á sacarle á uno los muebles de su casa! ¡Y se llevarán todo cuanto hallen, hablando de fraternidad! ¡Y ahora con esos inventos para incendiar! ¡Dios nos libre!

¡Ah! D. Leandro, D. Leandro; esto es que la Providencia quiere probarnos; acatemos sus fallos, eso sí; pero no por eso debemos dejar de unir nuestros esfuerzos para cortar la cabeza á la serpiente. ¡Oh! ¡El desquiciamiento social vendrá! No cabe duda; está escrito. Pero pasará como una nube, y despues quedará la atmósfera más purificada; tengamos ese consuelo siquiera.

—¿Ha leído Vd., señora, esos periódicos que ahora empiezan á salir y que consiente el gobierno, donde se predica el destronamiento de todos los reyes, donde se dice que no hacen falta para gobernar una nacion? ¡Oh! ¡Si es cosa de volverse loco si se pone uno á pensar en ello!

—Verdaderamente que no tiene este gobierno perdon de Dios en permitir semejante cosa.

—¡Que los dejen, que los dejen hablar; que dejen levantar la cabeza á la víbora, que á ellos será á los primeros que morderá!

¡Que se desborden, que á los hombres que mandan será á los primeros á quienes ahorcarán el dia del exterminio!

En fin, ya pueden comprender nuestros lectores lo restante de aquella conversacion, que siguió durante algun rato en el mismo tono y sobre el mismo asunto.

Una vez que aquella terminó y que Jacinta avisó á la marquesa que el almuerzo estaba preparado, esta se levantó y dijo á D. Leandro:

—¡Pase Vd., pase Vd. por acá! Iremos al comedor, verá Vd. allí á mi sobrina; porque ha de saber Vd. que yo tengo una sobrina; es ya toda una mujer, no crea Vd. que es ninguna chiquilla; está hecha una verdadera señorita.

—Bueno, señora, vamos allá; tendré el honor, ya que usted se empeña, de que almorcemos juntos.

—Sí, sí; tenga Vd. la bondad de seguirme.

Y la marquesa del Suspiro echó á andar delante del jóven sacerdote.

Atravesaron la sala principal, recorrieron un corto y ancho pasillo, y de repente encontráronse en el comedor.

No estaba allí todavía Carolina; sentáronse la marquesa y D. Leandro, y á los pocos minutos entró en el comedor la jóven con faz serena y sonriente, con objeto de disimular la lucha interior que habia sostenido y de evitar que se le conociera el no haber pegado en toda la noche los ojos, pues necesariamente en sus ojos deberia haber huellas de insomnio.

—¡Hola, títa! ¿La he hecho á Vd. esperar mucho? dijo Carolina con su amabilidad acostumbrada y esforzándose por parecer cada vez más contenta.

—¡Ah! ¡Vd. me dispense! exclamó dirigiéndose al cura. No habia reparado en Vd.; creí que mi tia estaba sola.

—¡No hay de qué, señorita! exclamó D. Leandro levantándose algun tanto inmutado.

Carolina apenas reparó en el rostro de aquel; pero en cuanto notó la agitacion que el sacerdote sentia, fijóse en su cara, y aquella fisonomía trajo á su mente un recuerdo desagradable; primero dudó; al poco tiempo ya se aseguró de que aquel á quien tenia delante no era otro que D. Leandro, su antiguo confesor de Castro-Urdiales.

La marquesa entonces prorumpió á reir.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Qué chasco les he dado á Vds.! ¡Qué sorpresa! Pues qué, ¿se creen que yo no sabia nada? ¡Vaya si lo

sabia! He querido prepararles una emocion. Ya sabia yo, D. Leandro, que Vd. era el confesor de mi sobrina; ya sabia yo que tú conocias al señor. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡qué cosa más chistosa!

Aquellas carcajadas de la señora de la casa no correspondian al estado del ánimo de D. Leandro, ni al de Carolina tampoco.

—Con que aquí tienes, dijo la marquesa dirigiéndose á su sobrina, aquí tienes á tu antiguo director espiritual. ¡A ver, D. Leandro, si la da Vd. sanos consejos! Porque me parece que esta jóven empieza á volar un poquito; ha ido ya á algunas reuniones, eso sí, reuniones buenas, de gente escogida, y cristiana ante todo, á donde la he llevado yo; ¡ya puede Vd. figurarse! ¡Cuando yo la he llevado allí ya sabia lo que hacia! Sabrá Vd. tambien que va reduciendo las misas á los dias de fiesta y que empieza á costarme algun trabajillo hacerla levantar temprano para que se venga conmigo á San Márcos: ¡si esta juventud del dia es una cosa perdida! ¡Mire Vd. que levantarse á las diez y á las once de la mañana! ¿Dónde, cuándo se ha visto tal cosa? ¡Dicen que el mundo es ahora así! ¡Pues yo no transijo con el mundo! La verdad es que yo no me tomo mucho empeño en contrariar á Carolina en esa costumbre, porque al fin y al cabo ella es muy bonachona, tiene un buen fondo; su carácter es dulce, angelical; en fin, ya la conoce Vd. puesto que la ha tratado antes de ahora.

D. Leandro contenia con gran trabajo una emocion profunda que estaba hiriéndole el corazon; sin embargo, la marquesa nada adivinaba.

Carolina sí reconoció que el jóven estaba inquieto; ella

por su parte sentia como miedo, no sabia qué temor le infundian aquellas miradas del sacerdote.

Contestaban ambos como por máquina á lo que la marquesa decia. Esta, sumamente satisfecha con la gracia de su sorpresa, no cesaba de hablar.

—Por supuesto, prosiguió la señora de la casa, que me dirá su madre cuando vuelva allá al pueblo que la he educado mal; mas ya comprenderá Vd. que Madrid es diferente á una poblacion como Castro-Urdiales; en Madrid hay otras necesidades; las reuniones se acaban un poquito más tarde; una noche se va á una visita y se entretiene un poquito más; en fin, no es como en los pueblos; pero tengo la seguridad de que en cuanto vuelva á Castro se enmienda, como si nada hubiera pasado. ¡Es la chica más dócil! ¡Si yo estoy chocha con ella! Pero no vendrá mal que la dé Vd. unos cuantos sanos consejos, puesto que siempre son sanos los que salen de su clara inteligencia.

—¡Oh! Sí, dijo por fin D. Leandro dominándose un poco, opino como su señora tia; tiene Vd. un gran carácter, es Vd. humilde, es Vd. sencilla, buena cristiana; ya sabe usted que jamás he tenido por qué reprenderla en lo más mínimo; pero á medida que vaya Vd. entrando por el camino de la existencia debe ir andando con mayor precaucion, porque hay muchos abismos á un lado y á otro de una jóven de su posicion, de su edad, de sus circunstancias de Vd.

Cuando dijo esto D. Leandro, parecióle que descargó un peso de su alma; tal vez así sucedió.

Estaba algo aturdido sin saber por qué; creyóse culpable de alguna cosa; reconoció cierto derecho en Carolina para pedirle cuenta de algun daño recibido.

Su corazon y su conciencia sostenian un gran combate.

Por fin, sobreponiéndose á su turbacion, continuó de esta manera:

—Las vanidades de la vida tienen un grande atractivo; el vicio se nos encubre con una capa dorada y nos deslumbra. El camino de la perdicion está sembrado de rcsas, y á lo mejor, cuando queremos echar la mano á una nos encontramos allí con el áspid que nos muerde y nos envenena; así, pues, procure Vd. poner mucho cuidado, tener seguridad de qué camino es aquel por donde Vd. va, si es el del mal ó si es el del bien; es muy fácil equivocarse, y para que le sirva de norte en este mundo y no se extravíe por esos torcidos senderos con que á lo mejor los séres humanos se hallan, tenga siempre un sistema, acuda á su conciencia, demándela usted una contestacion categórica sobre por cuál de los dos caminos incógnitos ha de caminar. Un sentido íntimo que todos poseemos nos dice: «sigue este, que este es el del bien.» Por más que dicen que la conciencia cada uno se la forma á su gusto, no haga Vd. caso de eso, señorita; Dios ilumina siempre la mente de sus hijos. La Providencia, que nos ha arrojado sobre el mundo, coloca una antorcha delante de nuestros ojos, en pos de la cual debemos caminar. La virtud es la única estrella del cielo cuyo resplandor llega hasta nosotros; va sembrando bienes por todas partes; se duele de la desgracia, socorre al desamparado, da la mano al desvalido, seca las lágrimas del que gime con desconsuelo; es un rayo de la gloria divina que Dios dirige á los infelices mortales para que con él se consuelen. Siga Vd. el camino de la virtud; pues, como dice Flecher, «el que le siga será feliz en esta vida ó en la otra.» Yo me atreveria á enmendar á Fle-

cher; «sigue la virtud, diría yo, y serás feliz en esta y en la otra vida también.»

—¡Oh! ¡Qué claro discernimiento tiene Vd.! exclamó la marquesa admirada con las palabras que habían brotado de los labios del sacerdote; ¡qué concepto más delicado y más grandioso! Sobre todo, ¡qué católico! Razon tiene el obispo; me ha dicho, para que Vd. lo sepa, que es Vd. una de las más legítimas esperanzas del clero español. ¡Qué magnífica encomienda á la máxima de Flecher! ¡Qué luminosa idea! ¡Qué pensamiento más deslumbrador! Razon tiene el obispo.

Carolina, al ruido de aquellas palabras, logró distraerse un poco de las ideas que atraían su imaginación.

—Lo que debe Vd. evitar, señora, á todo trance, añadió D. Leandro una vez ya seguro en su verdadero terreno; lo que debe Vd. evitar, señora marquesa, es que esta joven, que tanto interés tengo en que se salve, en que llegue á gozar mañana de la gloria divina, lea esas novelas que se escriben ahora, que no hacen más que desmoralizar á la juventud y presentar á sus ojos senderos resbaladizos y abismos donde se puede caer con la mayor facilidad. ¡Es una picardía! ¡Con esta libertad de imprenta se escriben unas cosas que yo no sé qué va á ser de nosotros! ¡Oh! ¡Evítelo usted á todo trance, que eso pudiera perderla! ¡Y luego, como las jóvenes son tan aficionadas á entretenerse con esas parruchas! No puede Vd. figurarse lo peligrosas que son todas esas novelas que traen de Inglaterra y Francia; ¡como si en España no tuviéramos literatura! ¡Como si en España no hubieran existido Fray Luis de Leon, Melendez Valdés, Juan Nicasio Gallego, Alberto Lista y otros escritores y poetas tan notables como esos! Ese fárrago que sale en los fo-

lletines de los periódicos, y que están escribiendo en Francia el infame de Eugenio Sue, el desvergonzado de Balzac, el soberbio de Víctor-Hugo, es la cosa más despreciable que se ha visto nunca; están pervirtiendo las costumbres de un modo escandaloso; ¡y como la gente se empeña en decir que esos hombres tienen talento! ¡No lo tienen! ¡Es mentira! El que se opone en lo más mínimo á la fé cristiana no tiene talento ninguno.

—¡Oh! ¡Así me gusta! ¡Qué ilustración tiene Vd.! ¡Eso se llama estar en lo firme! ¡Así! ¡Así! Luchemos contra esos perversos, contra esos desmoralizadores. No vaya usted á creer que en manos de mi sobrina ha caído ninguno de esos libelos miserables.

—Pero á todo trance, continuó D. Leandro, evite Vd. que lea *El Judío Errante* y *Nuestra Señora de París*; ya sabrá Vd. que por un breve del Sumo Pontífice quedan excomulgados todos los que lean esos libros.

—¡Bien merecido lo tienen! añadió la marquesa con alegría, llena de satisfacción al escuchar los luminosos conceptos del convidado. Aquí en esta casa no entran más libros que el de misa, varias novenas y dos libros de oraciones que la compré en cuanto vino á Madrid. ¿No habrá inconveniente ninguno en que la deje leer *La Esperanza*?

—No, eso no; siendo *La Esperanza*, puede leerla; son sus redactores demasiado ilustrados para que den cabida en las columnas de su diario á nada peligroso para la juventud.

—Así lo creo yo, amigo D. Leandro; sin embargo, la verdad, he tratado siempre de esconder el periódico en cuanto ha llegado á casa, y casi puedo asegurarle que no ha leído ningún número, ¿no es verdad, Carolina?

—Es cierto; nunca he leído *La Esperanza*.

—Pues ese periódico no tema Vd. leerlo, dijo el convidado con gravedad.

Carolina cada vez estaba más inquieta; la conversacion giró algunos minutos sobre el mismo tema.

La marquesa dijo una vez á D. Leandro:

—Dígame Vd., aunque esto sea demasiada libertad; ¿habria inconveniente en que leyera la niña alguna obra de Lamartine?

—Mucho temo, señora, que empiece la lectura de obras francesas... Las obras de Lamartine son de lo mejorcito que hay, por más que ahora parece que su autor empieza á echárselas de demagogo... ¡Figúrese Vd.! ¡Dicen que va á hacerse republicano!

—¡Horror! exclamó la marquesa con vista extraviada; no me diga Vd. más... ¡Y yo que pensaba que en estas noches de invierno que no salimos de casa la niña me leyera alguna de sus obras! Pero ya no lo haré; ¡que se queden por allá todas! ¡Dios nos libre! No hay necesidad de enseñarla malas costumbres; que lea el *Año cristiano* y el *Santoral español* y todo el *Antiguo Testamento*; ahí los tengo en la librería de mi difunto esposo.

—Es lo mejor; señora, créame Vd., conviene evitar las ocasiones, que así se evita el peligro.

Despues que comieron quedáronse algun rato de sobremesa; tomaron café, y hablaron de varios asuntos.

Entre Carolina y D. Leandro no se cruzaron más palabras que las necesarias para que la marquesa no sospechara nada.

Evitó el antiguo director espiritual de Carolina que se

le interrogara sobre su desaparicion de Castro-Urdiales ni sobre sus designios para el porvenir.

Se habló bastante de religion, algo de filosofía y de política, del obispo, de las funciones de iglesia que tenian lugar en el Cármen, de las ceremonias que por la Semana Santa se celebran en la capilla real de Palacio y que D. Leandro no debia dejar de ver, segun el consejo de la marquesa.

Prolongóse bastante la conversacion, pues siendo listo el sacerdote y no tonta la marquesa, suscitáronse varias cuestiones sobre el modo de ver las cosas del mundo, cuestiones que no querian ni uno ni otro dejar en pié.

En esto, Jacinta avisó á las señoras de que la condesa de Monte-Alto estaba á visitarlas.

—¡Oh! ¡La condesa! dijo la marquesa del Suspiro levantándose de su sillón. Por esto no se vaya Vd., D. Leandro; es nada más visita de cumplido; en cinco minutos acabamos; pero aquí está Vd. mal; véngase Vd. allá fuera; justo, es lo mejor pensado; como hemos de acabar pronto, saldremos la niña y yo á recibir á esa señora y Vd. entra en aquel gabinete, coge Vd. los libros que mi sobrina tiene encima de la cómoda, son dos con broches de oro y canto dorado tambien; *Diamante del Cristiano* se llama el uno, *Perla del Catolicismo* se llama el otro, y se entretiene Vd. en leerlos para que luego me diga su opinion sobre si es bueno mi regalo. La crucecita que tiene en el forro la *Perla del Catolicismo* es de un pedacito de madera de la Santa Cruz, que me lo vendió á gran precio un peregrino que venia de Jerusalem; con que ¡ya ve Vd. si es reliquia de valor!

—¡Ya lo creo!

—¡Mire Vd.! ¡Estos son!

Mientras la marquesa decia á D. Leandro lo que acabamos de leer, llegaban ya nuestros tres personajes al gabinete de Carolina.

Esta iba detrás de D. Leandro, y D. Leandro siguiendo á la marquesa.

No sabia qué hacer la pobre jóven; queria buscar una disculpa para evitar que D. Leandro cogiera aquellos libros; se acordó en seguida de que aun estaba dentro de uno de ellos la carta de Heliodoro.

¡Oh, qué situacion más apurada!

Cuanto más se afigia, cuanto más queria salir de aquel compromiso, más lejos se le iba la imaginacion, más difícil era el desenlace.

¿Cómo evitar que D. Leandro entrara allí, si ya estaba en la puerta cuando oyó decir á su tia: «Mire Vd., estos son?»

Creyó sentir que se la helaba la sangre en las venas; se acordó en seguida de las preguntas intencionadas que el sacerdote le habia dirigido en la última confesion que tuvo con él en Santa María de Castro-Urdiales; se acordó de aquella larga penitencia que la impuso, á pesar de no haber confesado ninguna falta grave... Recordó una á una cuantas palabras D. Leandro la dijo con objeto de hacerla comprender que tenia conocimiento de la entrada de un hombre la noche anterior en su jardin.

¡Qué afliccion más grande! ¿Qué iba á suceder? ¿Se iba á enterar D. Leandro de aquella carta? ¡Oh! Tal vez no; en cuanto vea lo que es ni siquiera la desplegará, ni fijará en aquellas líneas sus ojos; lo que él leerá será el libro.

Este pensamiento consolaba á la afligida hermana de Julio; era ya tarde para tratar de remediar el mal.

Estaba pensativa como si aun esperara encontrar un recurso, cuando la marquesa, dándole prisa, la dijo:

—Pero, Carolina, ¿qué haces? ¡Véte en seguida á recibir á esa señora!

—¡Ah! Sí, sí; ¡en seguida voy! ¡En seguida! ¡Corro allá! exclamó la jóven dominándose y esforzándose para que no conociera su tia la turbacion que la dominaba; á los pocos segundos Carolina entraba en la sala y recibia á la condesa.

La marquesa arregló un poco sus vestidos antes de aparecer á la vista de su amiga, y no tardó en presentarse en el dintel de la puerta.

CAPITULO IX.

Escrúpulos de conciencia.

Una de las cosas que más le horrorizaron siempre á don Leandro fué la idea de que alguna vez pudiera ser injusto; sabemos que amaba el bien y que huía de todo aquello que le parecia repugnante; solo con que uno de los caminos que ante sus ojos se abrieran pudiera conducir á un mal término, abandonaba la senda aquella; queria no faltar en lo más mínimo á su conciencia.

Entre su conciencia y su corazon siempre hubiera optado por aquella.

Tenia desde que le vimos desaparecer de Castro-Urdiales un remordimiento; este remordimiento era el de haber obrado con demasiada ligereza al juzgar á Carolina.

Cuando se quedó solo en el gabinete de la casa de la marquesa, cogió los dos libros que estaban encima de la cómoda, como aquella le habia indicado; fué á abrir uno de ellos y notó que dentro habia un papel; no era curioso, y por lo tanto no trató de enterarse de lo que decia.

Leyó el libro por uno y otro lado sin ocuparse para nada de la carta que habia ante sus ojos; por fin, sin querer, vió

una vez que efectivamente era una carta aquello; despues recordó cierta agitacion en Carolina al verle entrar allí, como si fuera posible que el que entrase en aquel gabinete pudiera descubrir un secreto; por último, sin querer, como el papel estuviese doblado á la inversa de lo que generalmente se dobla, con la parte escrita hácia afuera, vió á pesar suyo la firma de Heliodoro.

Entonces recordó que Heliodoro se llamaba un íntimo amigo de Julio que habia ido con este á Castro; se acordó tambien del hombre que vió escalar la tapia, y por cierta relacion misteriosa que hay en las ideas, comprendió que era muy posible que aquel hombre misterioso que penetró en el jardin de Carolina á media noche pudiera ser Heliodoro.

¡Oh! Entonces sintió frio al tener aquel libro en su mano; sus ojos se clavaban en el papel, aunque á pesar suyo; sufría porque se realizaba la sospecha que tenia de Carolina, y al mismo tiempo abrigaba cierta satisfaccion profunda, pues se decia:

—Justa fué la penitencia que la impuse. ¡Ah! Pero ciertas palabras que debieron salir de mis labios la harian daño; no debí pronunciarlas.

Sin embargo, no estaba tranquilo del todo.

Como quiera que la ocasion era magnífica y pudiera descargar en un instante de un gran peso su conciencia, pues la verdad es que, en medio de todo, no estaba descargada, abrió con rapidez los dobleces del papel. Apenas comenzó la lectura comprendió que aquello era una carta de amor; la mano le temblaba, pero no habia más remedio, debia decidirse. Una vez que hubo leído todo lo que en la carta decia, murmuró:

—¡Oh! Es pura, es inocente, es virtuosa; ¡qué hice yo! ¡Desdichado de mí!

Aquella carta le habia envenenado; habíanse realizado sus temores; él habia sido la causa de las murmuraciones de que Carolina era víctima y que á él no se le ocultaban.

No faltó quien le enterase de ellas.

Cerró el libro, volvió á colocarle en donde habia estado y su vista vagaba extraviada.

—¿Qué es lo que he hecho? ¡He sido injusto! Me he precipitado; ¡oh! Soy culpable; debo purgar mi falta. Acaso he turbado la paz de su espíritu, acaso he abierto ante sus ojos los senderos de la perdicion, que ella ignoraba.

Cuatro ó cinco dias despues de haber tenido lugar este suceso que acabamos de relatar, la marquesa y el obispo hablaron de esta manera:

—El señor D. Leandro no ha vuelto por mi casa desde el dia que estuvo á almorzar.

—No es muy fácil que vuelva por ahora; contestó el obispo.

—Pues ¿cómo? ¿qué le ha pasado? ¿Está enfermo? ¿Se ha ido fuera?

—Sí, señora; probablemente esta tarde se embarcará en Cádiz.

—¿En Cádiz? ¿Pues á dónde va? ¿No venia á quedarse en Madrid?

—Es cierto; pero deberes de conciencia le llevan más lejos.

—¡Deberes de conciencia! No comprendo...

—No todo puede decirse, señora; hay secretos deberes de que no puede enterarse á nadie.

—Pues y ¿á dónde va?

—A la India.

—¿Pero estais de broma?

—¿Yo de broma? No, señora; tambien á mí me ha extrañado su partida; mas me ha rogado con un empeño invencible que le concediera una de las misiones que salen de Cádiz esta misma tarde. La fragata *Gaviota* conducirá á Calcuta á cinco misioneros españoles, zarpando de nuestras costas antes de que se oculte el sol.

LIBRO SÉTIMO.

CAMBIO DE SUERTE.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se ve partir al buque que en el capítulo anterior nombró el obispo.

Roberto, en cuanto salió de la casa de Cármen, despues de haber dejado á tres subalternos suyos de centinela á la puerta con el encargo de que no dejaran salir á nadie, entró con Julio en un coche que por casualidad cruzaba por aquel sitio y dió orden al cochero de que les condujera á la esquina de la calle de la Caza.

El cochero reparó entonces en la fisonomía de quien le daba semejante orden y en seguida reconoció al inspector de policia; así es que anduvo listo.

No se pasó mucho tiempo cuando el carruaje paraba en la calle Mayor, en el sitio donde empieza la calle de la Caza, por la que, como es sabido, no transitan carruajes.

Desde luego Julio conoció la idea del inspector; no le lle-

vaba á la casa donde vivia su hija por temor de que se encontrase con ella.

Aquí debemos decir que en seguida Julio tuvo conocimiento de cuanto habia pasado en el sotabanco núm. 3 de la plaza de Anton Martin. Como es natural, volvió al dia siguiente á ver á Estrella, y la portera le enteró de todo; por cuyo servicio el jóven la dió un duro de propina, quedándose la vieja tan satisfecha.

—Y ahora, ¿qué va á hacer conmigo este hombre? se decía el pobre Julio viéndose en las garras de aquel fiero inspector y comprendiendo que Roberto le habia conocido ya; ¿á qué habia de dudar de semejante cosa? ¿Qué significaba si no el llevarle á la calle de la Caza y el ódio con que le miraba?

Entregóse, por decirlo así, Julio en brazos de la fatalidad, y reconoció que ya nada podia hacer sino dejar que aquel hombre saciara en él su venganza.

¡Oh, qué angustia la de Julio! Porque Roberto seria implacable; porque ni Alfonso, ni su tia, ni Carolina, ni nadie sabrian una palabra de dónde estaba. Acordóse entonces de su familia; reconoció que habia observado una vida bastante disipada y que aquel mal tarde ó temprano no podia menos de suceder.

—¿Pero y qué será de Estrella? preguntábase á cada paso.

La verdad es que cuando volvió á la plaza de Anton Martin y tuvo noticia de que era el padre quien se habia llevado á la jóven, no sintió tanto su separacion de esta como lo hubiera sentido algun tiempo antes; en una palabra, ya su pasion hácia ella no era tan intensa como en un principio; habia realizado su deseo. Hasta cierto punto, por más

que sintiera un poco el no encontrarse al lado de Estrella, alegróse de que la cosa hubiera tenido semejante solucion.

Toda aquella noche la pasó Julio en vela, como puede suponerse, por más que el inspector le dijera al entrar en la alcoba donde él solia dormir:

—¡Caballerito, desde esta noche esta es su cama de Vd.!

Empezó á sentir horror al ver aquellas habitaciones pequeñas, oscuras y sucias; recordaba cuánto aquella casa le habia repugnado cuando en otra época andaba buscando á Estrella por Madrid sin poder encontrarla.

Roberto no volvió á salir aquella noche de su entresuelito de la calle de la Caza; fuese á la estancia inmediata á la alcoba, es decir, á la salita que daba á la calle, y unas veces se paraba y guardaba silencio como si reflexionara algo, y otras empezaba á pasearse de un lado á otro, y Julio percibia perfectamente el rumor de sus pasos firmes y seguros; llenábale de miedo el eco de aquellas pisadas.

A medida que el tiempo iba pasando iba sintiendo más temores; una vez sintió acercarse á Roberto á la alcoba y cerrar con llave la puerta.

—Pues señor, ¿qué querrá hacer?

Hasta llegó á dar por perdida su existencia; pensó en las crueldades de que aquel hombre era capaz.

No tardaria mucho en aparecer la aurora, cuando otro hombre llamó á la puerta del entresuelo; Roberto salió á abrirle; en la misma puerta hablaron palabras confusas y misteriosas, y el recién llegado volvió á alejarse.

Oyó sus pasos, cuyo rumor iba extinguiéndose á lo largo de la estrecha calle de la Caza.

—¿Qué va á ser de mi familia en cuanto sepa que no se

me encuentra por Madrid? ¡Oh! ¡Si pudiese siquiera acercarme á ese halcón! Pero ¡cá! tendrá buen cuidado este hombre de que no salga de la alcoba; ya supondrá que por poco que se descuide me escapo sin ningun inconveniente; precisamente está bien bajo.

Así pasó un día, y otro, y otro; érale permitido, por fin, recorrer toda la casa; pero la sala permanecía siempre cerrada, con objeto de que el preso no se acercara á las vidrieras.

Aquel hombre que la primera noche del encierro de Julio habia subido y habia hablado con Roberto no era otro que el subinspector, el lugar-teniente, por decirlo así, de Roberto, que habia ido á tomar órdenes sobre lo que debia hacerse con los demás detenidos por escándalo público en la casa de la plazuela de Anton-Martin; Roberto dió orden para que se les condujera al Saladero á todos, sin remision de ningun género; pero es la verdad que no todos los que salieron de aquella casa fueron encerrados, pues está la justicia entendida de tal modo, que aquel que tiene diez ó doce duros en el bolsillo y que los entrega como multa, cuando es detenido por escándalo, queda libre como si no hubiera hecho nada, y el que no los posee no tiene más remedio que estar metido diez ó doce días á la sombra.

Pensemos ahora aquí, puesto que es oportuno, que siempre los que no tienen esa cantidad para librarse de la pena que se les impone son los que necesitan trabajar para mantenerse y alimentar á sus familias, y que aquellos que pueden desprenderse de la cantidad citada son los inútiles, los que nada trabajan ni de nada entienden.

¡Acatemos, pues, los fallos de la justicia humana, que tan justos son!

Uno de los que se libraron de la pena de detencion aquella noche fué Heliodoro.

En Heliodoro habíase verificado un gran cambio, una profunda trasformacion, desde que Julio se expresó de la manera que lo hizo.

Una vez que se le pasó á Heliodoro la borrachera, fué recordando detalle por detalle cuanto el hermano de Carolina habia dicho, la carta que todos leyeron, las tremendas acusaciones que aquel le lanzó al rostro, las duras palabras que le dirigió, que le dolian como gotas de plomo derretido sobre los labios de una herida abierta...

¡Cuánto le hacian padecer todos estos recuerdos!

Pensó en que ya no podria hablar sin vergüenza de sus numerosas conquistas, de su corazon frio é indiferente, de su modo desapasionado de juzgar las cosas, de su recto criterio en las cuestiones sociales; notó que su hipocresía estaba al descubierto, se cercioró de que el velo se habia levantado.

Una vez sereno, todas aquellas cosas que la noche de la fiesta le habian sucedido se alzaban ante su imaginacion como fantasmas de una pesadilla terrible.

Precisamente desde algun tiempo hacia halagábale la idea de hacer un largo viaje, puesto que tenia cuanto dinero le hiciera falta; era poderoso; lo mismo le daba ir al Norte que al Sur, al Levante que al Ocaso; se fué á un puerto cualquiera con objeto de ver cuál era el primer buque que se hacia á la mar y meterse en él, fuese á donde fuese.

La casualidad le llevó á Cádiz, como podia haberle llevado á cualquier otro sitio.

No queriendo ni tener conocimiento de á dónde le lleva-

ban; en cuanto llegó á Cádiz dió otro festin á algunos amigos que allí encontró.

Cuando los vapores del licor le llenaban la cabeza, oyó una voz brusca que dijo:

—La *Gaviota* se va á dar á la vela; ¿no ha dicho Vd. que se iba á ir en ella?

—Sí, que me lleven á bordo.

Un cuarto de hora despues, en el momento en que la fragata *Gaviota* largaba sus juanetes y sus trinquetillas, Heliodoro era conducido á su bordo por un botecillo del puerto; entró en la *Gaviota*; lleváronle á su camarote, hasta donde apenas hubiera podido llegar por su propio pié, y se echó á dormir. No estaba el sol muy distante del horizonte; muy pronto iban á ocultarse tras las movibles olas los rayos dispersos del astro del dia que se alejaba; vagaban sobre las cumbres de las leves ondulaciones del mar coronándolas de una diadema de fuego. El cielo azul turquí resplandecía bañado por la dorada lumbre del astro rojizo, que entre nubes de amarillo iba á perderse muy pronto.

Las velas de la *Gaviota*, tras de las cuales se contemplaban desde el puerto los resplandores del sol, tomaban un tinte de color de rosa; la brisa las henchía; oíanse los gritos de la maniobra, de verga á verga, de mastelero á mastelero, de banda á banda, de proa á popa, y como una verdadera gaviota que despliega sus alas para hendir el espacio, aquella esbelta fragata tendió por completo sus lonas y empezó á alejarse con majestad.

CAPITULO II.

El uno le ofrece una cuerda, el otro le ofrece una esposa.

Nadie puede figurarse, á no saberlo por experiencia, lo que trabaja la imaginacion de un preso. Desde que amanece hasta que anochece, desde que muere el dia hasta que vuelve á aparecer, está continuamente pensando, hora tras hora, minuto tras minuto, segundo tras segundo, qué medios podrá poner en práctica para evadirse del encierro, para sustraerse de la pena.

Como puede comprenderse, desde que Julio fué encerrado en el entresuelo de la calle de la Caza no pensó más que en salir de allí; pero ¡qué dolor! no habia posibilidades de hacerlo, ni medio humano de llevarlo á cabo.

Primeramente no veia á nadie; el mismo inspector le llevaba todos los dias la comida de una vez, y le tenia encerrado en las habitaciones interiores para que no pudiera acercarse á los balcones, por los cuales no le seria muy difícil evadirse.

Por otra parte, la oscuridad del entresuelo, la suciedad de las habitaciones, el aspecto repugnante de aquella cueva, pues no parecia otra cosa, ibanle desanimando.

—¿Qué es esto? ¿Qué es lo que pretende de mí este hombre? ¿Qué va á hacer conmigo? ¿Va á aplicarme alguno de aquellos tormentos crueles de los antiguos? No me dice una palabra; entra, me trae el alimento y vuelve á irse. Nadie viene á esta casa; esto es horroroso; ¿cuándo va á sacarme este hombre de aquí? ¿Qué pensamientos son los suyos?

Pero en vano Julio se afanaba; el día de mañana sería igual al que estaba trascurriendo, y este era lo mismo que el que había pasado ayer.

Llegó á perder toda esperanza. Hacia ya nueve días que se encontraba allí.

¿Qué habría averiguado su familia? ¿Qué habrían logrado saber sus amigos? Este era el problema; pero todos cuantos puntos de interrogación se abrían ante su mente quedaban sin respuesta.

¡Qué agonía tan amarga! ¡Qué sufrimiento tan bárbaro!

No llegaba á aquel entresuelo ningún ruido de la población, pues por aquella calle no era muy grande el tránsito y no había paso para carruajes; una soledad y un silencio sepulcrales rodeaban al joven preso.

Por fin una vez sintió un ruido á deshora de la noche parecido al de una piedra que rompe un cristal; despertóle aquella novedad; mas, por más que puso atención durante algún tiempo, tanto que aquella noche no volvió á pegar los ojos, nada dejó oírse.

A la noche siguiente tampoco durmió Julio; llevaba en uno de sus bolsillos un pequeño lápiz y algunos papeles, bien cartas de la familia, ó periódicos que acostumbraba á comprar en la calle para luego leerlos en los cafés.

En los largos instantes de su soledad había escrito dife-

rentes esquelas, una á Alfonso, otra á Eloy, otra á la marquesa del Suspiro, otra á Carolina y varias á diferentes conocidos que tenía en Madrid; escribió también algunas líneas dirigidas al gobernador, pero luego las rompió; acordóse que el hombre que le tenía allí para saciar su venganza era el padre de aquella joven que había seducido y había arrancado del hogar paterno; de modo que se arrepintió de haberse acordado de la autoridad para nada; quería que aquel asunto se resolviese solo por los amigos que tenía en Madrid, y que de ningún modo intervinieran en él ni la justicia, ni su familia de Castro-Urdiales.

Comprendió que le era imposible hacer circular aquellos papeles; sin embargo, bueno era estar prevenido; podría alguna vez lograr llegarse hasta las vidrieras y dar el encargo á cualquier transeunte de que condujera algunas de aquellas notas á su destino; podría entrar en su prisión alguno de los dependientes de Roberto y sobornarlo con promesas de dinero ó de protección.

Todas aquellas esquelas venían á decir lo mismo:

«Estoy en la calle de la Caza, en un entresuelo de una casa baja, sucia y de aspecto asqueroso; no sé lo que van á hacer conmigo; el hombre que me ha traído es Roberto, el inspector del distrito del Centro de Madrid; algo siniestro trama.

»Procúrese sacarme de aquí á todo trance: si para lograrlo hay que hacer desembolsos, adelántenseme, que yo los reembolsaré á su tiempo; respondo de ello; la cuestión es salir de aquí, cueste lo que cueste.»

A la noche siguiente en que oyó el ruido del cristal roto en las vidrieras que daban á la calle no pegó los ojos, como

ya hemos dicho; toda la noche estuvo atendiendo si se dejaba oír algun otro rumor.

Ya se le figuraba que serian sus compañeros de posada de la calle de Jacometrezo que habian dado con su prision y trataban de librarle; ya que aquel ruido que la noche anterior habia escuchado fué casual; ya que la causa de todo debió ser una pedrada de cualquier chiquillo que odiaba al inspector, de cualquier pillete que se vengaba de él rompiéndole las vidrieras y aprovechándose de la ausencia de Roberto; ya que todo habia sido producto de su imaginacion acalorada...

Cuando en medio de tal lucha se hallaba su pensamiento, volvió á oír otro ruido parecido al que en la noche anterior creyó sentir.

Puso mayor atencion; hubo un instante de silencio, pero no tardó en percibirse en el balcon cierto rumor precipitado como el que formaria un hombre que trepase; aquello le dió esperanzas; cierta seguridad tuvo ya de que iban á libertarle, de que habia llegado á conocimiento de alguno de sus amigos la situacion en que se hallaba.

Por fin se cercioró de que un hombre andaba allí; no sabia si gritar, para que atraído quien entrase por la voz del preso se dirigiese hácia el sitio donde se hallaba, ó si guardar silencio, porque así seria más prudente: de todos modos, se resolvió á esperar en qué quedaba aquello.

Sintió caer al suelo de la sala un pedazo de vidrio, pero haciendo poco ruido; al punto conoció que no habia sido arrojado violentamente, sino con algun cuidado, por una mano cautelosa; despues sintió abrirse el balcon y entrar un hombre.

La noche era fria, y apenas las vidrieras hubiéronse abierto penetró un soplo de aire helado en las habitaciones interiores por los huecos y las junturas de las puertas.

Cuando ya iba á gritar, oyó que decian desde la sala:

—¡Señorito Julio! ¡Señorito Julio!

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! gritó el jóven lleno de alegría; ¡sáqueme Vd. de aquí, sea quien sea! ¿Quién es Vd? Dígamelo; ¿de parte de quien viene? ¿Cómo han sabido que me encuentro en este sitio? ¿Qué significa esto? ¿Quién les ha enterado de lo que pasa?

—¡Calle Vd., por Dios, ó todo se pierde! He entrado por el balcon; soy el cochero que le llevó á Vd. á la casita aislada de la puerta de Atocha. No haga Vd. ruido, pues por más que el sereno de la calle está de nuestra parte, pudiera percibirse de alguna cosa el de la calle Mayor; ¡chiton! Ya saldremos de aquí; ¡no tenga Vd. cuidado!

—¡Hola! ¡hola! ¿y cómo diablos has dado con mi escondite? ¿Quién te ha enterado de todo cuanto pasa? Pero no me cuentes nada, no; abre la puerta inmediatamente y vámonos. Eso es lo que conviene; tengo ganas de ver la luz del dia; creí que me iba á quedar aquí para siempre sirviendo de pasto á las ratas. Con que despáchate, que ya te daré otra buena propina.

—De eso se trata, señorito Julio, de eso se trata. Vamos á ver, ¿es cerradura sencilla la de esta alcoba? Parece que sí; el caso es que se veria encendiendo luz; pero, ¿quién diablos la enciende? Nos espondriamos á perderlo todo. ¡Ah! Ya dí con ella; en fin, probaremos; parece que entra, sí; abriremos con la ganzúa, no tenga Vd. cuidado. Pero ¡qué diablo! ¡Vd., señorito Julio, es el demonio! ¡Si aquello no podia tener

otro resultado! ¡Mire Vd. que eso de llevarse á una jóven de su casa paterna sin más ni más...!

—¡Calla! ¡No fuiste tú quién más me animaste á ello...? En fin, andemos listos, ya no es tiempo de discusiones. Te vas á ganar la gran propina del siglo.

—Ya sé, ya sé que es Vd. generoso; es una de las cosas que más me han determinado á venir á buscarle.

—Lo creo sin que me lo jures; al cabo eres un hombre listo que se lo sabe ganar.

—Vamos, ya parece que cede; sí, ya estamos en grande; ahora á la calle en seguida. .

—Pero ¿por dónde?

—Por el balcon...

—¿Y no hay peligro en ello?

—Le he dicho á Vd. que el sereno está de nuestra parte; pues si no, ¿cómo diablos hubiera subido yo aquí, expuesto á haberme roto una costilla? El me ha ayudado. Es el camino más breve; así cubria mejor su responsabilidad. Además, la puerta del portal tiene una cerradura muy fuerte; hace un ruido que se oye desde la calle Mayor y en seguida se apercibiria el sereno de la próxima esquina; y luego para salir por la puerta de la calle tendríamos que abrir tres puertas con este instrumento; la de estas habitaciones que dan al pasillo, la de la escalera y la del portal; con que ya vé Vd. ¡No más réplicas!

¡Al avío y vámonos por el balcon! ¡Aquí está la cuerda de nudos, puesta y todo!

En esto sintiéronse pasos apresurados que llegaban hácia la casa del inspector; el hombre que habia entrado en ella por el balcon se sintió presa de cierto sobresalto; quien se

acercaba no era otro que el sereno, que iba á avisar de que Roberto llegaba.

Apenas le faltó tiempo al salvador de Julio para echarse á la parte exterior de la pequeña barandilla y descolgarse por la cuerda que estaba atada á los hierros.

—Ahora baje Vd., decia el cochero á Julio.

Pero el sereno, que conocia mejor que el astur las distancias y el paso apresurado con que siempre andaba el inspector, exclamó:

—¡No le aconsejo á Vd. que baje!

—Pues ¿cómo?

—Entrese inmediatamente y evite que el inspector observe nada; éntrese á escape y cierre sin hacer ruido, que ya está doblando la esquina.

En efecto, Roberto entraba entonces por la calle Mayor con uno de sus dependientes.

Julio, apresurado, recogió la cuerda de nudos, cerró la puerta de la alcoba donde le tenia Roberto metido, y fingió encontrarse sereno como todos los demás días.

Un minuto más que el jóven hubiera estado en el balcon, y hubiese sido visto por el inspector.

El cochero se alejó á lo largo de la calle de la Caza, hácia el lado opuesto á aquel por donde Roberto entraba.

El agente que iba acompañando al inspector se quedó á la puerta de la casa mientras su jefe subió á ella.

Este entró en el cuarto de Julio, encaróse á él y trabó con el jóven este diálogo:

—¡Hola, caballero! Ya parece que se va Vd. acostumbrando á su nuevo domicilio; ¿qué tal se encuentra Vd. en esta casa?

Julio comprendió el insulto y no contestó; limitóse á lanzar á aquel hombre una mirada llena de ódio.

—Vd. habrá creído cuando ménos que yo le voy á despedazar, ó á cenármelo vivo, ó á hacerle tajaditas, ó á abrirle en canal, ¿no es eso?

—¡Qué valiente es Vd.! exclamó Julio indignado; ¡decir eso á un hombre indefenso y preso bajo su poder! ¡Eso es inícuo! No me lo diría Vd. si estuviéramos libres y tuviésemos ambos armas iguales. Pero, en fin, no quiero contestarle; haga Vd. de mí lo que quiera.

—¡Vamos, vamos! ¡Toma Vd. muy á pecho estas cosas! Vd. es muy jóven, y francamente, no quiero yo acabar tan pronto con su vida, y mucho más con una vida como será la de Vd., llena de aventuras, de hazañas... ¡Ah! Lo que es una que Vd. ha hecho hace poco es también hazaña de valientes; me parece á mí que tiene Vd. poco que echar á nadie en cara. ¿Vd. ya sabrá por lo que está aquí? añadió Roberto empezando á pasearse de un lado á otro de la habitación con paso acompasado y sin dignarse mirar á Julio al rostro.

—No lo sé, contestó Julio con indiferencia.

—¿Con que no lo sabe Vd.? Bueno, bueno. ¿De modo que Vd. no recuerda haber hecho ninguna fechoría desde hace poco tiempo?

—No señor; y por cierto que el escándalo de la otra noche en el piso principal de la esquina de la plaza de Anton Martín no ha sido más que un pretexto para encerrarme aquí; con que Vd. me dirá qué clase de resentimientos son los que tiene Vd. conmigo. Entonces es cuando empezaré á saber por qué estoy aquí; lo que es hasta ahora me hallo á oscuras; únicamente me he figurado que Vd. es un hom-

bre muy parecido á un asesino, ó á un malhechor que tiene el alma llena de rencores y el corazón preñado de veneno, y que necesita Vd. alguna víctima en quien descargar su furia. Algunas noticias tengo de Vd. desde hace mucho tiempo; acuérdesese Vd. de Bilbao y de cierta aventura que usted trató de llevar á cabo.

—¡Oh! ¿Qué es lo que dice Vd.? ¿Qué significa eso? ¡Yo jamás he llevado á cabo ningún acto por que deba avergonzarme y Vd. sí! Vamos á ver, ¿á qué se refiere Vd.? Sepamos.

—¿No conoce Vd. á ninguna que se llame Emilia?

—¡Oh! ¡Calla, miserable! No vuelvas á pronunciar ese nombre; mira que estamos solos, que nadie nos ve y que ahora mismo puedo arrancarte la vida. ¿Quién te ha dicho semejante cosa? ¿Qué tengo yo que ver con esa mujer á quien te quieres referir? Pues qué ¿se ha doblado alguna vez en mis manos la vara de la justicia? Nunca; y por eso ahora va á caer sobre tí con todo el rigor de la ley, porque tú eres un miserable. ¿No te acuerdas de alguna que se llama Estrella?

—¿Estrella? ¡No recuerdo!

—¡Hipócrita! ¿Con que no recuerdas? Pues ella bien te recuerda á tí. ¡Infame! ¡Si voy á deshacerte entre mis manos! ¡Si voy á ahogarte aquí mismo! ¡Si no vas á salir vivo de este sitio! Pero no; no me quiero abandonar á mis furores. No niegues lo que es un hecho. Pues que, inocente, ¿te figuras tú que si no supiera quién eres te hubiera traído á este sitio con el misterio con que lo he hecho? ¿Crees que si subí á la casa donde celebrábais la otra noche una cena tú y otros pillos como tú, no fué porque yo te seguía el rastro? ¿Qué me hubiera importado que alborotáseis donde nadie os oía?

Mientras el escándalo no fuese público el derecho os asistía, y mucho más en una casa particular como aquella. Pero yo á todo trance queria dar contigo y he dado. Piensa que te conozco desde hace mucho tiempo, y que todos mis rencores hubieran caido ya sobre tí desenfundados si no hubiera sido por los ruegos de esa inocente á quien tú seduciste y que comete todavía la debilidad de amarte. Eres un villano; pero dale gracias á ella, á la que te hizo feliz, á la mujer á quien llenaste de afrenta; dale gracias porque aun existes, porque alientas todavía.

—Bueno, veo que está Vd. enterado de todo, señor inspector; lo que haya de hacer conmigo, hágalo; todo el daño está hecho; ¿qué remedio tiene?

—¿Que qué remedio tiene? ¡Hay una mancha sobre mi honra y esa mancha debiera lavarse con tu sangre!

—Bueno, pues ya le he dicho á Vd. que haga de mi lo que quiera; el caso es acabar de una vez; si Vd. sabe algun medio de arreglarlo todo, por eso no hay que incomodarse tanto....

—¡Y todavía tienes valor para insultarme!

—Yo lo hago por su bien de Vd.; piense que con tomar con calor las cosas nada se adelanta. ¿Qué es lo que debo hacer para enmendar el mal?

Roberto entonces se paró; interrumpió sus paseos para mirar fijamente á Julio cara á cara.

—¡Vamos á ver! exclamó volviendo á pasear y con el mismo tono enfático que le caracterizaba, aunque bastante conmovido.

La escena era en efecto dramática; Julio de pié en uno de los rincones del cuarto; la linterna sorda que el inspector

habia llevado consigo y que habia colocado sobre una pequeña mesita que en la alcoba habia, lanzaba un rayo de luz sobre la habitacion, rayo de luz que al ser cortado por Roberto, que paseaba, iluminaba el rostro de este, en el que se pintaba una profunda sensacion; en el de Julio, en medio de ese desenfado que da siempre la juventud, aun en los momentos más críticos, notábase más serenidad, más conformidad con el destino que la suerte pudiera depararle; pero tambien habia, no podia negarse, cierta expresion de espanto; más bien que de espanto, de ansiedad...

Por más que trataba de ver el fin que habia de tener aquella cuestion, no acababa de figurársele. ¿Qué iba á hacer con él el padre de Estrella? ¿A qué iba allí á tales horas? Acordóse entonces de que si Roberto hubiera llegado un minuto más tarde, él se hubiese visto libre en medio de Madrid, burlando la vigilancia de aquel y quebrantando misteriosamente su encierro; pensó tambien en que si Roberto le hubiese encontrado evadiéndose, la salvacion en adelante se hubiera hecho imposible.

A una estaba reducida la cuestion tan solo; á llegar hasta la siguiente noche en aquel mismo sitio, á que Roberto no le sacase de allí ni tomase nuevas resoluciones; pues de seguro, en cuanto la primera ocasion se presentara, el cochero volveria y le daria la libertad.

Sumido en honda meditacion siguió Roberto unos minutos.

—Vamos á ver, volvió á decir; ¡Vd. ya sabrá que esa jóven le ama, que no piensa más que en Vd. á todas horas! ¿La ama Vd. á ella?

Julio vislumbró entonces un nuevo horizonte; quedóse sin